Diego Martínez Torrón

Los sueños del búho

HUERGA & FIERRO
editores

Diego Martínez Torrón es profesor titular de Literatura Española en la Universidad de Córdoba después de haberlo sido muchos años en la Universidad Complutense de Madrid. Reconocido especialista en literatura romántica española, ha publicado trece libros de ensayo en prestigiosas editoriales. Es autor de los siguientes libros de poemas: ***Guiños*** *(Ámbito Literario/Anthropos, 1981),* ***Alrededor de ti*** *(prólogo de Jorge Guillén, Anthropos, 1984),* ***La otra tierra*** *(prólogo de Luis Alberto de Cuenca, fotos de Ouka-Lele, Universidad de Murcia, 1990),* ***Una folla di voci/Una multitud de voces*** *(antología italiano/español, Levante Editori, 1992), y* ***Tres pájaros en primavera*** *(prólogo de Ángel Crespo, fotos de Ouka-Lele, Libertarias Huerga y Fierro, 1995). En prensa su novela* ***El fantasma ensimismado.***

Diego Martínez Torrón

LOS SUEÑOS DEL BÚHO

DIEGO MARTÍNEZ TORRÓN

DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE CÓRDOBA

HUERGA & FIERRO *editores*

1998

Diseño de Colección: Huerga y Fierro

Primera edición: febrero 1998

Portada: José María Jiménez Arévalo

Foto del autor: Manuel Ángel Jiménez Arévalo

Dibujos de interior: Ouka Lele

© Diego Martínez Torrón

© Excma. Diputación Provincial de Córdoba
Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo.

© 1998: Huerga y Fierro editores, S.L.
c/ Murcia, 24 - bajo
28045 Madrid-España
Telf.: 91/467 63 61
Fax: 91/467 63 99

I.S.B.N.: 84-89858-57-8
Depósito Legal: M-315-1998
Imprime Artes Gráficas Danubio, S.L.
Impreso en España / Printed and made in Spain

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de la editorial.

Pórtico

Conocí a Diego Martínez Torrón en su mejor luz, en su aire más nítido, cordobés del aire: conversando con Octavio Paz en Madrid, en la rotonda del hotel Palace, bajo la copa de azules de la cúpula de cristalería. Se embozó luego en ropones dieciochescos, ya «en conversación con los difuntos», amenísima siempre, desde Lista a Quintana. Pero –como si aquel día madrileño del Palace hubiera salido a una calle impensada– le reclamaba una ciudad de ensueños. Aquí la tenemos, en estos relatos insólitos, líricos e imaginativos, que configuran una especie de cruce entre literatura fantástica y costumbrismo espectral. Por un lado, hacen pensar en el Pedro Antonio de Alarcón de La mujer alta; *por otro, en el de* Cosas que fueron. *Taraceado de la fantasmagoría, sí, pero también melancólico inventario de un hoy que ya es ayer, cuando la percepción se anticipa al recuerdo. Es prosa de poeta, pero es más aún –en el decir de Cocteau– «poesía de relato». El lector sabrá reconocer lo esencial poético tras el calderoniano «confuso laberinto» de visiones alucinadas en palabras luminosísimas.*

PERE GIMFERRER

Para Maripí, Rocío y Blanca.
Para Pere Gimfemer y
Bárbara Allende (Ouka-Lele).

LOS SUEÑOS DEL BÚHO

«(...) una banda de agoreros
búhos, confusos y deslumbrados,
huyendo de la luz del día.»

JOSÉ DE ESPRONCEDA,
Sancho Saldaña, VII

Los ojos del mundo

ÉRASE una vez una mujer que había perdido. Tenía los ojos profundos, de mirar abierto, pero las pupilas se hundían en el alma y desaparecían cada vez que alguien intentaba asirlas.

Érase una vez una mujer que había perdido. Apenas podía notarse en su sonrisa otra cosa que el vacío de la propia sonrisa, la falta de alegría detrás de la alegría, la tristeza sin fin que sólo existe en las galerías más profundas de la mente.

Érase una vez alguien que cantó solo y estuvo a punto de morir por ello. Érase una vez una persona sola vagando por los pasillos de un hospital sin enfermos, ni médicos, ni otra cosa que paredes blancas que conducían a la única salida que era la locura. Y la locura sí estaba allí. Agazapada. Escondida. Tensa. Detrás del armario, disfrazada de pantalón vaquero colgado de una percha en la noche de vientos de lobo.

Érase una vez una persona que sufrió hasta que tuvo que gritar basta. Y ese grito no se oyó, pese a que los trenes corrían sin freno en las altas noches de insomnio a través del delirio en las botellas.

Y luego estaba el frío de los portales. Un frío que te penetraba hasta el fondo de los huesos, si es que aque-

llo eran los huesos. Un frío que no te dejaba pensar, ni dormir, ni existir apenas. Un frío que era como un castigo del cielo por haberlo entendido todo, porque lo que debe hacerse, y así está mandado, es morirse sin enterarse de nada. Y entenderlo todo es un poco como firmar la propia nómina del desconsuelo, la que conduce indefectiblemente a la locura.

Y la locura estaba allí, agazapada, escuchando, espiando a través de las rendijas, susurrando palabras incomprensibles que se convertían en discursos llenos de terribles sentidos en algunas noches, las noches de los delirios y las botellas estrelladas en los soportales, cuando el frío te calaba hasta los huesos y te dabas cuenta de que tenías los bolsillos agujereados de esperanzas rotas.

O quizás simplemente estabas sin un céntimo y llorabas. Pero no podías llorar de frío porque las manos se te estaban quedando heladas, y aquella cosa que caía de tus ojos no era sino pringue de la polución que te rodeaba. Y entonces tenías que llorar hacia adentro. Y acordarte de cuando eras niña. Y te enamorabas de tus propios recuerdos. Y sólo así te quedabas dormida.

Yo te encontré muchas veces. Entrabas en el Banco más lujoso y te sentabas en un sillón mullido, en un rincón, buscando el calor del aire acondicionado que te compensara del frío de la noche, para poder seguir viviendo y no morir helada.

Otras veces te ocultabas en un portal. Siempre acababan echándote, y te ibas con una sonrisa triste, de nuevo a la calle a la que pertenecías. La calle de ninguna ciudad, de ninguna parte.

Hacía tiempo que no sabías lo que era una moneda, ni para qué servían. Era difícil suponer de qué modo ibas sobreviviendo. Pero tenías suficiente orgullo para no pedir, para no suplicar lo que te correspondía por ley de vida, para no dar la satisfacción a la persona que te pudiera arrojar unas monedas de estar en paz consi-

go misma, para no convertirte en una inútil pieza de la maquinaria de desecho humano. Eras paria, pero tenías orgullo, y aunque ello no te diera de comer, al menos te convertía en un ser humano.

Conociste muchos yonkies camino del sida, convertidos en mendigos cada vez más agresivos, cada vez más cobardes, cada vez más perdidos en el egoísmo necesario de la propia supervivencia. Pero los pobres no tienen, llegados a este extremo, lugar para la compasión en sus almas. Los pobres son una mancha en el asfalto, un hueco que se evita. Los mendigos son un ejército que se ignora, un problema que se deja para los discursos de los políticos. Los mendigos no existen, tan sólo molestan. Yo temía insultar a un mendigo con mi limosna. Y lo curioso es que lo único que querían, de una manera desaforada y ciega, era esa limosna que les ayudara a seguir siendo pobres, a seguir siendo parias, a seguir vivos de la misma terrible manera.

A veces gritabas y asustabas a la gente. Clamabas porque te siguieran poniendo aquélla inyección que te calmaba la insatisfacción interior de tu espíritu enfermo, aquéllas pastillas maravillosas que te produjeran el inapreciable bien del sueño que tu constitución y tu locura terminal te negaban.

Otras veces parabas a la gente en la calle. No las mirabas. Te dirigías tan sólo a sus niños. Los acariciabas. Les decías frases incomprensibles de amor. Les amabas desde la distancia inabordable de tu mente perdida, de tu mente que no sabía borrar lo que la vida te había ido haciendo, lo que la vida te había ido hiriendo.

Y aquella noche en que te vi, arrodillada ante un escaparate en el pasaje peatonal de la calle de la Plata. Aquella noche, fría como todas las noches de tu vida. Aquella noche en que contemplabas tu propio rostro en un espejo de tocador que tenían exhibiendo en la tienda de regalos. Aquel momento terrible, que yo pude presenciar desde mi

aparente tranquilidad burguesa. Aquel momento en que te dirigiste a tu propia imagen en el pequeño espejo, llamándola por tu propio nombre para, desdoblada en dos seres imposibles, gritar de modo espeluznante que te salía del alma: «¡Rosa! ¡Rosita! ¡¡No me dejes sola!!»

* * *

Volví a coincidir con ella muchas veces.

Una tarde, mientras paseaba, encontré un anciano, vestido con un jersey de colores, caminando con resolución. Llevaba en la cabeza una bolsa de plástico de las que regalan en los almacenes, colocada a manera de gorro de cocinero.

Me sorprendió aquella aparición, aunque no le presté mayor importancia. Pensé simplemente en un ser atrabiliario y peculiar dentro del universo de los mendigos.

La feria estaba próxima, con su cortejo de desclasados.

Hacía calor. Alguien comentó que precisamente una bolsa de plástico invertida, con aquella temperatura, no era lo más apropiado para mantener fresco el cerebro.

Un rato más tarde tuve que dirigirme al centro. Ese centro de la ciudad que se convierte en eje magnético de todas las formas de marginalidad, que deambulan ante la ignorancia de la mayor parte de las personas que conviven con ellas.

Había mucha gente en la calle. Eran las seis de la tarde. Un sol cobrizo bañaba tenuemente con su luz amarilla los empedrados y los muros blancos de la antigua ciudad.

En una esquina aparecieron de nuevo los personajes. El viejo se encontraba disfrazado burdamente de payaso, pintada la cara de color blanco, con una vieja nariz encima de su cara vieja, destacando ahora su vie-

jo jersey de colores como una forma de identificación personal.

Y en sus manos, con gestos de mago o encantador, habían surgido dos monigotes que movía torpemente, ingenuamente, con los dedos introducidos en el interior de sus gastados ropajes. No pedía limosna, no hacía ningún gesto que llevara a nadie a fijar la atención en su persona, no reclamaba nada para sí: parecía más bien un niño jugando, gozando del disfraz imperfecto que llevaba encima, pero que se adecuaba completamente con su auténtica personalidad.

No pude menos de pensar que aquel viejo entrañable era un antiguo payaso imposible, que acompañaba a las gentes de feria en su deambular.

Y allí, sentada, acurrucada a su izquierda, como contemplando su juego, identificada con él, se encontraba Rosa, con sus ropas indefinibles de color canela y un hatillo miserable al que se abrazaba con expresión soñadora sin apartar la vista de los muñecos. El viejo, evidentemente, le estaba contando un cuento con ellos. No pedía limosna, no reclamaba la atención de nadie. Estaba divirtiendo a Rosa.

* * *

Como si la historia debiera continuar en mi mente, días después, me tropecé de nuevo con aquellos dos personajes que bullían en mi cerebro.

La feria se había ido, pero ellos seguían en la ciudad.

Aparecían en los lugares más insospechados, siempre ajenos a las personas que les rodeaban, ajenos a la vida que circulaba a su alrededor.

Vivían un mundo propio, de mentes felizmente alienadas, donde confluían con otros seres atípicos del mundo marginal.

Casi me fui familiarizando con su presencia en las calles, y sabía que nadie reparaba en esta presencia.

¿Existían verdaderamente? ¿Eran producto de mi imaginación? Llegué a pensar más bien que pertenecían a un país de fantasía, cruelmente real, salvajemente cierto, que existía enquistado en nuestro mundo.

¿Era ese mundo nuestro más real que el suyo? ¿Acaso no nos negábamos a la auténtica realidad, que era la de estos seres?

Hay mendigos atroces y mendigos indiferentes. Estos eran unos mendigos posibles, unos mendigos imaginarios enquistados en la clase de los que no pertenecen a nadie ni a nada sino a su propio destino roto. La línea de su fracaso se lee en la palma de sus sucias manos, o en el fondo sin fondo de sus ojos extraviados.

Seres perdidos que visitan la vida como si no quisieran reconocer las formas convencionales del estar vivo, negándose a toda forma social, incluso a la de su propia pobreza. Entablando una conversación con ángeles y diablos en las tinieblas de cada noche. Iluminados con una sonrisa de niño que jamás desperdician, que jamás tienen fuerzas para esbozar. Con la mente absorta en un delito fatal que cometieron al haber nacido, al haberse mezclado con las tropas del desconsuelo que caminan por la tierra.

De este modo, personajes de una historia que no existe sino en sus pobres corazones, encontré de nuevo a Rosa y al viejo aprendiz de payaso.

Caminaban ahora juntos, con sus hatillos al hombro. Detrás de ellos un perrillo deleznable que había sufrido, también, el repudio de la sociedad.

Eran dos locos pobres y ¿felices? que caminaban ahora de espaldas a todo, perdiéndose en la lejanía. Aún resuenan sus botas en el suelo de mi mente.

Pude divisar sus hombros, y sentir su paso tardo que les conducía al infinito que se encuentra en el corazón de ninguna parte.

La pequeña banda

LA noche estaba cálida. Paseaba por Recoletos con una cierta actitud soñadora y despreocupada, tal vez recordando viejos tiempos. Madrid se ofrecía distinto y pintoresco, con el bullir de las gentes de la noche, en este agosto veraniego.

Muchachos patinando en dirección contraria de manera grácil y atrevida. Coches circulando con premura. Los faroles indemnes de la calle enseñando sus cuerpos de metal oscuro, con el orgullo de jóvenes aristócratas de otra época.

La noche estaba cálida. Recoletos hervía de animación como punto de confluencia de todas las gentes que respiraban el verano urbano de Madrid, entre la civilizada algarabía de los locales y las terrazas al aire libre.

Tal vez eran estudiantes argentinos los que, inclinados con sus gafas y sus barbas sobre una mesa improvisada, decían el tarot a las parejas, utilizando el idioma ambiguo de las sesiones de psicoanálisis aprendido en Buenos Aires, con un dejo de eyes arrastradas, surcando en la mente de los oyentes ideas inusuales, pistas que ellos interpretaban poniendo por su parte lo que no sabían pero sugerían.

Todo el paseo tenía un aire pintoresco, el ambiente de la noche bohemia que tantas veces había respirado en otra época de estancia en la capital. A la luz de los faroles paseaban jóvenes parejas de la mano, o grupos de gays de andar fingido, o algún viejo despistado que salía del soterrado mundo de su pensión a recorrer lugares prohibidos a su admiración aún niña sin límites.

Llegué al café Gijón, que estaba poblado de parejas infrecuentes, porque los artistas habían huído del calor y abandonado sus tertulias inveteradas.

La noche estaba cálida, y las risas llegaban claras, los rostros semiocultos por la luz elevada de los faroles que se contorsionaban enhiestos, derramando un color violáceo sobre todos los presentes.

Me entretenía con las conversaciones cotidianas e insustanciales de las mesas cercanas, cuando de repente surcó la oscuridad el sonido agudo de una trompeta. A ésta le respondió con voz clara y humilde un clarinete que ensortijaba las notas haciéndolas subir hacia arriba como si se tratara de una serpiente. Y luego un trombón de varas. Y enseguida un pequeño saxo, para unirse todos los instrumentos bajo la percusión alegre y vibrante de un tambor.

La música era extremadamente alegre. Jazz de los años veinte, con remedos de charlestón.

«Músicos argentinos», sugirió alguien allí cerca. Sin poderlo evitar, como ante el flautista de Hamelin, todos los presentes comenzaron a tamborilear con los dedos, a seguir con los pies el ritmo de la música encantada y encantadora.

Una y otra pieza se sucedían con la alegría de lo que pertenecía a épocas felices, en las que siempre se es joven.

Así, una pareja saltó a bailar. Indudablemente los espontáneos eran bailarines. Y bailaban con celeridad acompasada. El chico con más prudencia, mirando sonriente las piernas de la muchacha que se movían invero-

símiles, especialmente cuando el clarinete encendía sus notas.

La muchacha parecía vestida para la ocasión, como si formara parte de la orquesta que tocaba en la calle. Llevaba un traje de lentejuelas que se agitaban alegres con el movimiento de sus caderas.

La escena captaba la atención de todo el público que paseaba por el lugar. Los camareros se habían quedado absortos. Algunas personas dejaban monedas brillantes y doradas en la funda del instrumento que los músicos habían abierto a tal fin.

La pequeña banda de jazz se había hecho fuerte en un banco del paseo. El batería producía sensaciones impensables chocando los palillos entre sí, o golpeando de mil maneras diferentes los cantos y el cuero de un pequeño tambor.

Después de aquel espléndido concierto callejero, los bailarines volvieron a su mesa, y los músicos acudieron a la barra a gastar algunas monedas obtenidas, tomando unas copas de helado de vainilla y cafés.

Me sentí gratificado, y cuando el director de la improvisada banda, hombre de barba gris y pequeña estatura que llevaba una trompeta, se acercó a mi mesa, le felicité por su actuación. «Yo no pertenezco a la banda, toco de vez en cuando con ellos. Soy psiquiatra».

Aquellas palabras, los señores que decían el tarot, la invasión argentina, la sensación brillante y lustrosa de la noche en Recoletos...

Me sentí un poco trastornado por tantas emociones. Alguien comentó: «Han venido en barco desde la Argentina». Y yo me pregunté dónde diablos habría atracado aquél barco, presumiblemente lujoso y blanco, si en Madrid no había puerto.

Tuve la sensación de estar en Buenos Aires y no saberlo. Pero la estatua de Valle-Inclán, paseando serio y verde, me devolvió al Madrid de Recoletos. Apresuré el paso para alejarme de allí.

Cuando llegué al hotel y me quité la ropa para entregarme al sueño, unas monedas cayeron de mis pantalones. Recordé haber dejado algunas de ellas en la funda del instrumento que los músicos colocaron ante sí, con dignidad distante.

Me acerqué a recogerlas. La luz daba tenuemente sobre las piezas brillantes, en la soledad de la noche. Las acerqué a la lámpara sorprendido y las examiné. ¡Eran monedas de los años veinte!

He vuelto muchas veces, otros veranos, por Recoletos. Esta vez con una cierta prevención no exenta de miedo. Pero nunca volví a encontrar duendes.

Los camareros

HACÍA tiempo que no realizaba aquel recorrido por los bares que frecuentó en su juventud. Madrid había cambiado mucho. Él mismo había envejecido considerablemente y se parecía ahora a cualquier tipo de clase media aburguesada.

¡Qué lejos la adorable bohemia del pasado! ¡Qué variedad de gentes había conocido entonces! Sobre todo bellas mujeres que ahora habían desaparecido como tragadas por la tierra ¿Qué habría sido de ellas?

Recordó cómo a veces, para culminar la noche, llevaba a su sorprendida pareja al lago del Retiro. Desencadenaban una de las barcas en la soledad grandiosa e íntima a un tiempo del parque, y remaban en las aguas oscuras, mientras las primeras luces del amanecer despuntaban a través de los árboles de copas gigantescas y orgullosas. Tiempos de libertad aquéllos.

Primero fue en el Pub de Santa Bárbara. Notó ante todo que ahora la gente era más fea, también más vieja. Charlaban animadamente con un discurso intelectual que le recordaba a la progresía de la España de Franco. Aquél era un local con historia dentro del ámbito de rebeldía política. Las vidrieras de colores, alguna vez agujereadas por bala, como la librería cercana. Los

sillones un tanto raídos, de indefinible color verde. El mostrador de madera con mil botellas exhibiendo sus encantos sugerentes, imitando tal vez los locales ingleses, pero con personalidad propia.

Un sempiterno borracho –distinto siempre, siempre parecía el mismo– se quedaba ensimismado leyendo los rótulos de las curiosas botellas expuestas en semicírculo.

Pero se sorprendió sin conocer ya a nadie. Todos los clientes eran más viejos, mucho más viejos.

Salió pensativo y nostálgico a la calle de Fernando VI y derivó hacia Bárbara de Braganza. Pasó fugazmente por el café Gades y bajó por la calle Prim hasta Recoletos. Tenía encanto aquel paseo por las zonas oscuras y bohemias del Madrid que había amado. Notaba sin embargo más irrespirable el aire. La ciudad ahogaba con un cierto olor a metro subterráneo, aunque se andara en la superficie.

Llegó al café Gijón, el de los grandes momentos. Y se sintió acogido por sus viejas maderas barnizadas de color mostaza.

Tampoco allí encontró a ninguna persona conocida.

Fue entonces cuando se sintió más viejo, irremediablemente viejo.

Y en ese momento, recordó de nuevo las facciones de los camareros del Pub de Santa Bárbara, asociándolos con los del Café Gijón. Sus rostros inquisitivos, un tanto pícaros, siempre cómplices en el gesto con que servían a las personas –cuántas y qué distintas– que compartían la aventura concreta de cada noche.

Experimentó un cierto sentimiento de pánico cuando se enfrentó al misterio. Porque los clientes de aquellos locales habían ido muriendo, desapareciendo... mientras que los camareros permanecían con los mismos semblantes impasibles al tiempo, como sujetos a un extraño sortilegio que los hacía eternos.

La soprano muda

El concierto estaba a punto de empezar. Los asistentes se iban sentando con ruidos amortiguados en el aforo. Él estaba situado en el palco más central, y le había costado mucho conseguir la localidad para oír a la brillante soprano.

Sintió ese extraño aire de inminencia que se percibe antes de una velada de música. El aire estaba cargado de presagios. Las luces comenzaron a apagarse dejando una claridad tenue en el ambiente.

La atmósfera. Estaba obsesionado últimamente por este concepto. El arte era atmósfera. Incierta superficie de sensaciones que se iban adentrando, por un túnel espiral, hasta lo más recóndito del corazón, o del cerebro. Allí donde duermen las ciudades sumergidas que existen en el fondo del espíritu de todos los hombres, ciudades de leyenda, Brigadoon de sueños donde todos arropamos el alma como si fuera una niña.

El arte era matiz, detalle, impresión fugaz, instante de supremo éxtasis que no puede transcribirse en otro lenguaje que el del arte mismo.

El arte era... atmósfera. La que podía percibir aquella noche iluminada por dentro de su corazón como una avenida de ciudad-luz en medianoche de cuentos, cuentos de nieblas.

Se sintió feliz con la felicidad torpe y satisfecha de los inmaduros. Siempre se había preguntado por qué los niños reían siempre. Por qué los adolescentes reían de vez en cuando. Por qué los viejos estaban tristes. Por qué los hombres olvidan la risa. Pero él se sintió niño, inmaduro, feliz, sonriente, dispuesto a disfrutar de una noche de música con la voz de aquella soprano que veneraba.

Había coleccionado casi todos sus discos. Poseía una extensa colección de microsurcos grandes, discos de vinilo en 33 revoluciones, en su mayor parte ya descatalogados. Disfrutaba oyendo aquellas piezas históricas.

Pero, con todo y con eso, pese a su espíritu melómano, reconocía que el arte era... atmósfera. La atmósfera que sólo se percibe en una sala de conciertos, poblada de pequeñas y grandes inminencias, de sutiles revelaciones que pueden tener lugar en cualquier fraseo de la música. La música era el arte perfecto, el arte desvinculado de la realidad, el arte puro, el mundo autónomo, la ciudad de los sueños, Brigadoon dormida en el fondo de su alma, donde Gene Kelly y Cyd Charisse bailaban eternamente su amor eterno, «hay que darlo todo para obtenerlo todo», el perfecto lugar para los enamorados que nunca mueren.

¿Estaba enamorado de sus divas? Alguna vez lo pensó. De hecho recorría sus vidas y sus actuaciones grabadas en discos o cintas, recomponiendo sus biografías artísticas con fidelidad de enamorado voyeur o detective pertinaz. Sabía todo acerca de ellas. Sus gustos, sus amores, sus costumbres, sus mejores actuaciones, la mejor época de su carrera artística...

Las sopranos eran seres frágiles, plumas, pelusas volando al viento. Sus voces se quebraban en las arias de las óperas de Haendel, en lo más alto de la cima del grito, allí donde se encuentra el cielo de las notas multicolores, el punto supremo, la cualidad intensa, el

punto límite sin límite que comunica con el infinito. O se convertían en melodía juguetona en las óperas de Mozart. O en supremo testimonio de la muerte en los últimos lieder de Strauss. O en canto restallante de alegría en el triunfo de Vivaldi. O en solemne prueba de fuerza pasional en Beethoven. O en suntuosa espiritualidad en Bach. O en tenue tristeza en Schubert. O en testigo de un alma enferma en Schumann.

Schumann... ¿Por qué pensaba ahora en Schumann? Schumann eran los niños, las escenas de niños, un músico inclinado sobre un piano, estudiando sin descanso, hasta obtener el premio de la locura, la mente carcomida por una enfermedad indolora que conduce al infierno. La locura era el infierno. El infierno era la locura. La música salvaba a Schumann del infierno, le convertía en un niño que evocaba a sus propios niños mientras tocaba las teclas del piano.

Las teclas del piano comenzaban en efecto a sonar, y era un lieder de Schumann lo que se oía. Una tristeza sin límite, una melancolía densa, que pesaba en el aire.

Allí estaba la voz. La voz de su soprano que parecía no cantar, que parecía muda. A veces se sorprendía de que las notas salieran de su voz. ¿Habría un disco escondido detrás de los cortinajes del escenario? ¿Estaría cantando en play-back? Pero... ¡qué cosas tenía! A veces se sorprendía de sus propios pensamientos. A veces gustaba de pensar cosas raras. No, la soprano proyectaba la voz. Pero ahora se equivocaba. La proyectaba con excesiva fuerza y potencia para el pequeño teatro de provincias donde él la estaba escuchando. La soprano probablemente no había ensayado en la mañana, y había confiado falsamente en la acústica del edificio.

Tuvo que chistar a los individuos que se encontraban en el palco de al lado. Un ataque de tos tremenda había acometido a una chica de dicho palco. Finalmente se marcharon, con gran ruido. Habían estropeado la

pieza del todo, pero aún estaba fría la voz de la soprano. Curioso... le pareció que ésta le miraba con agradecimiento por su severa cortesía.

El aire de inminencia seguía, podía percibirlo. Se preguntó cómo una soprano de la categoría de aquélla, había podido acabar de gira por una ciudad de provincias tan inculta. Evidentemente él era un alma selecta. Pocos comprendían la música en el local, podía afirmarlo. Mañana la crítica del periódico de la ciudad incluiría unas líneas insulsas, probablemente redactadas antes del concierto. No podían comprender a los espíritus exquisitos. La Música no se había hecho para todos. La Música...

De nuevo sonó la música. La cantante abordaba ahora piezas de mayor dificultad, y lo hacía con gran técnica, pero todavía sin pasión. Se percibían los años y años de ensayos detrás de aquéllas simples notas.

Tuvo que intervenir de nuevo chistando. La gente no puede comprender que cuando se oye un ciclo de canciones, hay que esperar a que termine la última para poder aplaudir. Ya habían vuelto a interrumpir el ritmo de la interpretación.

Le pareció que la cantante le volvía a mirar con agradecimiento. ¿Y si no le viera? Estaba ya mayor. Tal vez necesitara gafas, o fuera miope, y sólo pudiera divisar a los de la primera fila. ¡Vaya! Debía haberse puesto en primera fila. Seguro que habría reparado en él. ¿Estaba reparando en él? Tal vez. Las almas privilegiadas se conocen en la distancia, se perciben desde lejos. Desde lejos... Pero el palco estaba a demasiada distancia. Sí, parecía un poco miope. ¡Miope Bárbara Castrara, la soprano más conocida de las últimas décadas! ¡Miope ella! Bueno, pensó, bien pudiera ser: ya habían pasado los años. Los años no pasan en balde. ¡Qué más da!

Lo importante es que el acontecimiento no se producía. Y él sabía que iba a producirse. Había estado esperando aquélla velada desde hacía tiempo, compró

las entradas después de una fría noche de cola interminable, noche interminable, cola interminable, cola... ¡Cielos! ¿En qué estaba pensando? Allí Barbara Castrara, ante él, mirándole a los ojos, y él pensando estupideces, dispersando su mente de la audición de la Música. Sus ojos, sí sus ojos. No, no eran ojos de miope. Estaba seguro de que tenía unos ojos preciosos, y parecía que los tenía fijos en él, parecía...

Nuevos ruidos ahora en el palco de la derecha. Con tantas facilidades para que asistan a los conciertos los alumnos del conservatorio... Dios mío, ¡qué alumnos!: patillas, chaquetas de cuero chapeadas, botas afiladas... ¡Qué lejos de la época romántica que evocaban las canciones de Bárbara allá abajo, las canciones...!

Ahora comenzaba a entrar en trance la soprano. Ahora estaba en su mejor momento. Su voz inundaba todo el aforo, flotaba por las paredes del recinto, se quebraba en las esquinas, resbalaba sobre las lámparas de vidrio. Aquello era sublime.

Ahora se estaba produciendo el momento esperado. Lo sabía. Había llegado su hora. Era el momento. Y, curiosamente, la soprano seguía con los ojos fijos en él... Ella...

Se sintió transportado. Todo el ámbito de su vista se redujo al foco central del escenario en el que se divisaba la figura de la soprano –el pianista no existía, nada más existía–. Y la Música le invadió, le tomó el cerebro, le hizo levitar mentalmente, focalizado intensamente, como una mariposa enamorada de la luz, como si se tratara de un eje hipnótico. Un eje hipnótico...

Y entonces pensó. Pensó en que la soprano se había enamorado de él. Que tal vez le gustaría ver su cuerpo.

No se dio cuenta de lo que hacía. Comenzó, lentamente, a quitarse la ropa. Nadie lo advirtió, sumidos todos en el sopor de la incomprensión, de la estupidez banal. Cuando se quedó desnudo, pudo oír unos

comentarios horrorizados de dos señoras cercanas a su palco, cuchicheando.

Se levantó entonces. Se puso en pie. Quería que la soprano le viese, orgulloso como estaba de la relación que presumiblemente se había establecido entre ellos...

Pero la soprano debía ser miope. O quizás estaba cegada por la luz de los focos impertinentes, que estaban comenzando a derretir su maquillaje a causa del calor.

La soprano seguía interpretando la pieza. De repente, Bárbara Castrara comenzó a divisar allá en la lejanía a un señor erguido en un palco, que enseñaba un cuerpo gordo y peludo, completamente desnudo...

Se quedó atónita. Las notas se helaron en su voz. Ahora sí se quedó mirando.

Y él, pensando en el momento sublime de éxtasis, y en cómo iba a inmolar su cuerpo y su alma a causa de un instante de arrobamiento místico, se subió a la barandilla.

La soprano se había quedado, efectivamente, muda. Todos en la sala dirigían la vista hacia él. Hasta el pianista había dejado de tocar.

Era la ocasión, pensó. Se imaginó los titulares de los periódicos del día siguiente. Se imaginó lo que dirían... ¡Qué más da! Lo importante era aquella noche, y el devoto amor que sentía hacia la diva.

En ese punto, el señor gordo y peludo, completamente desnudo, erguido sobre la barandilla del palco central, gritó con voz poderosa que ahogaron los gritos de las señoras más atentas del patio de butacas: «¡¡Bárbara, te quiero!!».

Y ante la mirada atónita de la soprano muda, que más tarde podría contarlo como anécdota en sus memorias, el señor gordo y peludo se estrelló solemnemente contra el patio de butacas.

La novia

HABÍASE una vez un hombre pensativo y silencioso, solitario y triste, que ya no creía en nada. Desde luego, se reía del amor.

Una tarde entró en unos grandes almacenes para comprar algo. Rondó largo tiempo por las diversas estancias sin encontrar nada que le interesara.

Curioso, se acercó a una sección en la que se exponían vestidos de novia.

Y de repente, le llamó la atención una mujer delgada, pálida, hermosa. Estaba probándose discretamente un velo de novia con un gesto de coqueteo vergonzoso y tímido, y desplazaba con sus manos la tela semitransparente que realzaba la belleza de su rostro, contrastando el tejido blanco de gasa con sus labios morados.

Nunca supo cómo llegaron a entablar relación. Fue, probablemente, una cuestión de miradas más que de palabras. Quizás descubrieron el uno en los ojos del otro una secreta ansiedad por compartir de alguna forma la inmensa soledad de sus sentimientos.

El hecho es que se encontraron saliendo juntos, deambulando cogidos de la mano por el parque del Retiro. Sentados en un banco mientras caían las hojas

de los árboles poderosos. Tomando la misma cerveza silenciosamente, sin hablarse apenas.

El hombre comenzaba a ser feliz, pese a que nunca conseguía ver una sonrisa en el rostro de aquella mujer.

Un día, pasearon largamente por los barrios de Madrid. Llegaron hasta la plaza de Oriente y se sentaron en una pequeña terraza, en el café del mismo nombre.

Apenas cruzaron alguna palabra. Bebieron largamente la cerveza. Miraron desinteresadamente a las personas que pasaban por allí.

El hombre prestó atención a una pareja que se encontraba sentada frente a ellos. Sin poderlo evitar sintió una curiosidad intensa por el tema de su conversación. Le llegaban tan sólo frases aisladas envueltas en risas. Pero, ¿de qué se reían? Poco a poco pudo apercibirse que se burlaban de ellos. Y sintió súbitamente un presentimiento fuerte. Una idea le golpeó el cerebro con evidencia palpable, irrefutable, sólida.

Miró a su compañera, a la mujer del velo de novia y los labios morados. Estaba como siempre callada, silenciosa. Miraba como una maniquí hermosísima de escaparate hacia el infinito, hacia un punto fijo en el horizonte, el vacío, la nada.

Sólo entonces comprendió que había estado compartiendo sus días con una mujer que, desde siempre, había estado muerta.

La lectura de poemas

HACÍA frío aquélla tarde, y caía una lluvia densa desde un cielo negro. Las luces de los coches comenzaban a brillar sobre el asfalto de la calle, conforme se adentraba la noche.

Con aquel tiempo desapacible no era de esperar que acudiera demasiada gente a oír sus poemas, pensó mientras doblaba la esquina, protegiéndose con el cuello de la gabardina de las goteras inoportunas.

Al fin divisó la galería de arte en la que proyectaba dar la lectura. Llevaba el libro escondido en el bolsillo para impedir que se mojara.

Ante su sorpresa, había una veintena de personas en el local. Acudieron a recibirle, solícitas, las galeristas, que eran unas conocidas feministas de la capital.

Aquel barrio oscurecido por densas capas de humo de los coches, más oscuro en esta tarde de invierno, comunicaba la sensación de haber sido testigo de muchas cosas inenarrables. Era el Madrid de los Austrias, con su aspecto de armadura vieja, y un cierto sello clochard y nonchalant.

Respondió con frases de cortesía a las frases de cortesía, con bromas a las bromas, pero siempre con una distancia, característica suya ante el sexo femeni-

no, y más cuando éste adoptaba una actitud de envergadura.

Le enseñaron los cuadros, de otra pintora. Le parecieron espantosos. Querían ser ingenuos y resultaban pueriles. Bodegones insípidos con las manzanas redondas sin volumen. Colores mal elegidos. Detestable.

Siguió diciendo, aturdido, frases de cortesía. Cuando se cansó se quedó en silencio, escuchando. O quizás no escuchaba, sino que el bordonear de las voces de las galeristas le iba acompañando con sus explicaciones inverosímiles, que querían promocionar a la pintora amiga, una chica de traje negro, que se encontraba charlando con un individuo que hubiera querido ser Andy Warhol.

Estaba mareándose en aquel ambiente. Pero no dejaba de llegar gente. Todos muy bien, muy puestos, muy elegantes. Era la beautiful people madrileña, la crema de la postmodernidad.

Finalmente se dirigieron hacia una pequeña mesita, alumbrada con una lamparita, como en los ejercicios espirituales de otras épocas.

El público se había ido sentando como podía, abarrotando la sala. Había periodistas que harían su correspondiente reseña en los mejores periódicos del país, se dijo calculando la posible promoción del acto.

Se hizo un silencio. Miró hacia el techo. Creyó oír frases de elogio que la galerista le dedicaba en la presentación. Pero fue un nuevo bordonear de insectos que zumbaban alrededor de su cabeza.

Fijó la atención en dos chicas con corte de pelo a lo garçon, que no cesaban de cuchichear en la primera fila.

Y de nuevo se hizo un silencio. Notó que le miraban. Sí, ello quería decir que la presentación de su amiga había terminado. Ahora le tocaba a él.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta en busca del libro. No encontró nada.

Miró alarmado a la galerista mientras sumergía su

mano en el otro bolsillo con el mismo resultado. Hizo un gesto de inevitabilidad y sonrió forzadamente mientras los asistentes le miraban de modo acusador.

Fue la chica de delante, con el pelo a lo chico, quien sacó de su bolso un ejemplar de su último libro de poemas, y se lo entregó con una sonrisa de reconvención.

No supo porqué, pero se sintió una mala persona.

De nuevo se había hecho un silencio espeso, más tenso ahora.

Abrió el libro por la página de su poema favorito y empezó a leer.

No se oía a sí mismo, sino otra especie de bordonear, como el zumbido de los insectos en verano, procediendo ahora de su propia garganta.

De repente le pareció extraño lo que estaba leyendo. No quería aceptarlo pero... En efecto, miró la portada del libro: «Poemas en la memoria, de Julio Gorgoritos». Sí, efectivamente, no había duda. Julio Gorgoritos era él, y aquél su último libro de poemas, pero... los poemas eran distintos, no eran suyos.

Quiso mirar el índice del libro, deteniendo la lectura ante el asombro incómodo del auditorio, que ya se removía en las sillas.

No entendió nada. El índice parecía estar escrito en caracteres cuneiformes... ¿Qué era aquéllo? ¿Qué tipo de broma le...?

Carraspeó y miró a la presentadora. Pero ella le observaba con sonrisa vacía, como si fuera una estatua griega de las primeras épocas.

¿Alguien tiene otro ejemplar de mi libro? Sí, efectivamente, una señora adornada con un abrigo de pieles esplendorosas le alargó uno. Los periodistas estaban esbozando una sonrisa de burla descarada. Se estaba poniendo nervioso. Buscó de nuevo la página 25 y repasó el texto del poema.

Comenzó a leer de nuevo, pero se volvió a detener después de los primeros versos.

Se calló. Dirigió la mirada al auditorio.

Querría preguntarles una cosa, y perdonen interrumpa mi lectura: ¿Alguno de ustedes conoce la obra de Julio Gorgoritos? Risas. La presentadora ya no le miraba con sonrisa arcaica sino que estaba incómoda. Por favor, qué dices. Son cosas de artistas. No, verán, lo que ocurre es que, sencillamente, estos poemas no son míos. Consternación general, risas, murmullos. Sí, de veras. Yo creo ser Julio Gorgoritos, y este libro quizás tiene el mismo título que el que yo he escrito, pero los poemas no son míos...

¿Quiere decir que usted escribe esos poemas? Risas. No, en absoluto, quiero decir que éstos no son mis poemas. No los recuerdo, no creo que sean míos. Pasa algo raro. No sé...

Se miró las manos. Iban desvaneciéndose en su materialidad. A la luz tenue nadie parecía darse cuenta. Él... Él...

Naturalmente que no es usted Gorgoritos. El poeta murió hace ahora diez años. ¿Por qué cree que nos hemos reunido aquí? Usted es simplemente un actor de teatro, una máscara, una voz, un recitador de poesía, un...

No escuchaba nada. Sólo se sentía cada vez más ingrávido. Iban desvayéndose sus formas físicas, iba perdiendo corporeidad. Ya era casi transparente. Se estaba, efectivamente, desvaneciendo...

Sólo entonces oyó la voz de la presentadora. Nadie prestaba atención a lo que a él le ocurría. Nadie. La presentadora tomó el libro de poemas y comenzó a leerlos. Sí. Aquéllos sí eran sus poemas, aquéllos... Pero le llegaban cada vez más distantes los sonidos, cada vez más confusos.

En aquel momento se sintió profundamente triste, profundamente solo. Nadie comprendía a los fantasmas.

El doble

A Patricia Highsmith, a quien leí luego.

PASE, por favor. Puede sentarse allí si quiere. Déme su abrigo. Gracias.

Cambiaron frases de cortesía. Se sentaron frente a frente. La mujer, con el pelo recogido en un moño. Él en bata de casa, de color granate, en zapatillas, con aspecto desaliñado, la barba incipiente. Daba la impresión de encontrarse al límite...

Comprenderá que no la habría hecho venir hasta aquí si no fuera porque quiero confesar cosas importantes. Efectivamente me encuentro al límite, aunque nadie pueda saber exactamente dónde se encuentra éste. Ya me entiende. Pero... ¿Quiere beber algo? Aquí tengo un espléndido jerez. Le sirvo.

Estaba nervioso, intranquilo. Los ojos un poco vidriosos, tal vez por la medicación a que estaba sometido.

No sé si pedirle que disculpe mi aspecto. No recibo a nadie desde hace mucho tiempo, y en mis condiciones... Sabe ya todo, ¿verdad?

La mujer asintió de modo fúnebre. Estaba muy maquillada. Poseía unas gafas redondas de concha, amplias, que

circundaban sus ojos. Sus ojos se perdían detrás de los cristales con una mirada insípida, de amanuense, de escriba. Había comenzado desde luego a tomar notas, y se fijaba inquisitivamente en todo lo que rodeaba al escritor. Curioseaba mentalmente todos sus bibelots, sus recuerdos amontonados, desordenados en la inmensa mansión en que había decidido terminar sus días.

Cuando supe que estaba en situación de cáncer terminal, entré en una profunda depresión. Nunca he permitido entrevistas en estos últimos años. Pero ya me queda poco tiempo de vida, y me gustaría contarlo todo a alguien. Y quién mejor que usted, la periodista más reconocida del país...

La mujer sonrió con frialdad. Parecía estar acostumbrada a los halagos, y éste resbaló sobre su mente. Luego fijó sus ojos intensamente en su interlocutor, que estaba cada vez más nervioso.

En fin, quiero contarle mi historia. Permita que tome un poco más da cava. Es de una bodega muy pequeña, española. Magnífico. Dentro de poco no podré disfrutar de estas cosas.

La mujer volvió a sonreír, ocultando una cierta impaciencia. Eran los preliminares de una conversación importante, se daba cuenta.

El champán o el cava, estimulan la imaginación. También el vino de aguja. Pero tienen que estar gaseados de un modo natural, no excesivo, de lo contrario se resiente el estómago. El cava es excelente para las conversaciones brillantes... Aunque, no sé para qué le digo esto. La nuestra no va a serlo, pero al menos sí será una confesión final, de alguien que, quizá, ni siquiera sabe lo que es el arrepentimiento. En todo caso necesito desahogarme, contárselo a alguien, son ya muchos los años que llevo con esto encima. Verá...

La mujer se dispuso a tomar nota, inclinándose un poco más hacia adelante. Tenía una edad indefinida y un aspecto indefinido, justamente lo necesario para aquella

especie de terapia en el límite, en las ultimidades de la vida. Era por otra parte tan ambigua que reunía las condiciones del perfecto confesor, al que no se ve ni se siente, ni se le toma en cuenta. Pensaba... ¿en qué pensaba? Los pensamientos se le mezclaban confusos.

Todo comenzó una tarde de lluvia. No se sabe por qué las tardes de lluvia son las más adecuadas para las presentaciones de libros.

Había admirado siempre a aquel autor. Tenía sus obras completas, recortaba sus artículos en la prensa, que le parecían soberbios.

Él también era escritor. Había escrito mucho, pero nunca lo había enseñado a nadie, ni siquiera a sus amigos. Era un vicio oculto el suyo. Se encerraba por las noches frente al ordenador y, aquejado de una fiebre creadora, escribía y escribía hasta casi el amanecer, en que quedaba rendido, con la emisora transmitiendo suavemente música clásica de un modo constante, acompañando sus pensamientos. Sus pensamientos...

¿Comprende usted lo que le digo? Parece que no se sorprende. Verá cuando conozca lo que pasó. Le decía que admiraba a aquel gran escritor, y que yo era un simple aficionado, trabajando en un empleo sin brillo, en una maldita oficina de recaudación de impuestos. Pero... ¡Cuánto soñaba allí! Detrás de cada declaración de Hacienda inventaba un personaje, un tipo de vida. Sabía todo acerca de aquellos seres que se ocultaban tras sus números de identidad, tras las cuentas, tras unos nombres que nada me decían. Era tanto el poder de la informática, el abuso de información que poseía...

Se sentó de un modo más confortable, y mientras sorbía con deleite el néctar prohibido continuó.

¿De veras no le gusta el cava? Además poseo este invento para tomarlo siempre frío. ¿Lo había visto? Tiene gracia, ¿verdad? Bien. Yo siempre había querido ser un gran escritor. Y aquel día en la presentación del libro, tuve un escalofrío al contemplar al autor...

Ocurrió sin embargo algo extraño y raro... Una señora mayor, elegantemente vestida de negro, con un collar de finas perlas blancas y pendientes de perlas con diamantes en los lóbulos, entró en el local, tropezando con mis rodillas.

Comenzó a hablar el escritor. La señora descaradamente salió después de unos minutos de escucharle. Estoy seguro de haberla visto pasar delante de mí, tropezando otra vez descuidada con mis rodillas. Y luego, al cabo de un tiempo, cuando volví la mirada... Ella estaba allí, sentada, oyendo con una sonrisa maliciosa al escritor de fama. Curioso... No había podido entrar por ningún sitio. Yo estaba sentado en primera fila, al lado mismo de la puerta. La habría visto. ¿Cómo diablos entró? No lo sé. Sería materia para un cuento. ¿Quién era? Tampoco lo sé. Lo único cierto es que al terminar de hablar el escritor, levantó la mano para interpelarle. Le hizo una pregunta, tremenda. Sonaron sus palabras como aldabonazos. En definitiva le acusó de estar seco, de haber perdido la imaginación, de reiterarse amanerado.

La periodista tenía un brillo inquisitivo en los ojos que se percibían detrás de los cristales y que ahora brillaban más tenuemente a la luz del atardecer. Por una ventana entraban rayos de sol amortiguados por los visillos, con una luz crepuscular y decadente. El hombre se iba sirviendo copa tras copa, como si se animara a contar la verdad de este modo.

Pues bien, ocurrió que el escritor afamado se derrumbó. Pareció que las palabras de la mujer de negro le hubieran golpeado en la base del cráneo. Hubo murmullos en el público. ¡Cómo! ¡Enrique Arentino, siempre ingenioso en sus respuestas, callado por una desconocida!

La periodista se removió en su asiento. En sus labios apareció la sombra de una pregunta, pero el hombre de la bata granate le hizo un gesto para que reservara sus cuestiones hasta el final.

Yo sentí una pena enorme por aquel hombre con el que me había identificado tanto, a través de muchos años de lecturas. De este modo cuando, solo y abandonado, execrado por la sociedad snob que se reía de él ante su impotencia para responder al insulto, salía del local, decidí seguirle.

El hombre que narraba había abierto otra botella y se sirvió una copa. Ahora la degustaba más lentamente.

Yo era... Ribulo Rodríguez... Apenas un desconocido... Apenas... Pero tenía grandes, grandes ideas. Tuve la intuición de que aquella era la oportunidad de mi vida. ¿Sabe? En mi vida he perdido grandes oportunidades. Por eso entonces era un auténtico desgraciado, soñando historias de personajes inverosímiles cada vez que caía en mis manos una declaración de Hacienda, especialmente si eran ricos... Yo admiraba también la capacidad de hacerse rico a través de la escritura. Porque mi escritura ya no existía. ¿Sabe usted lo que hacía después de quedarme hasta la madrugada imaginando relatos en el ordenador? Los borraba. De este modo sabía que podría empezar de nuevo. Era como el tejido de Penélope. ¿Me comprende?

La periodista hizo un gesto de asentimiento, que más bien era de fastidio, porque le obligaba a detenerse en la redacción de las notas taquigráficas que iba tomando de manera cada vez más apasionada, porque el hombre narraba de más en más deprisa.

Hablé con Enrique. Le pude llamar en seguida por su nombre de pila. Porque aquella noche nos emborrachamos, caminamos por la ciudad sin importarnos la lluvia que caía sobre nuestras privilegiadas cabezas.

Entonces él me contó la verdad. Estaba seco, vacío. Había tenido una experiencia amorosa negativa y estaba absolutamente traumado. No era capaz de escribir nada. Yo aproveché la ocasión y lo llevé a mi casa. Seguimos bebiendo.

Dio la casualidad de que había dejado encendido el

ordenador la noche anterior, sin borrar el texto escrito. Y él, borracho como estaba, lo leyó. Lo leyó entero, con gran interés.

Tengo que contarte algo que se me ha ocurrido, me dijo. Pero seguidamente cayó redondo encima de la alfombra. Yo también me tumbé en un sofá y dormimos sin preocuparnos de nada.

La periodista se inclinaba un poco más adelante cada vez. Estaba realmente absorta con el relato, pero al mismo tiempo tomaba sus notas con gran eficacia.

A la mañana siguiente Enrique estaba despejado antes que yo, y me preparaba un té bien cargado. Odio el café, ¿sabe? Acaba con mis nervios. No tenía café en casa. ¿Qué más da esto? La cosa es que me encontré desayunando con él. Parecía haber rejuvenecido. He tenido una gran idea anoche, me dijo, y quiero contar con tu opinión. Hoy en día los escritores son puro texto. Un ordenador con un procesador de textos manejado por no se sabe quién. Yo estoy acabado. No creo que vuelva a escribir hasta que no me recupere anímicamente, y esta depresión puede durar años. Me encanta realmente lo que has escrito y creo que el Destino ha acordado este encuentro entre tú y yo. Tú podrías adoptar mi personalidad, encerrarte en mi casa, no recibir a nadie. En todo caso, acudir a algún congreso en visita fugaz, sin fotos, en un lugar lejano, y volver. En mi casa escribirías a gusto. Serías un escritor de fama. Has asimilado tan profundamente mi estilo que podrías plagiarme, y tienes tantas ideas nuevas que puedes superarme. Hoy el escritor, como el pintor, produce objetos de consumo, textos con una marca personal que se repite hasta la saciedad. Lo importante es la firma, no lo que sientas, ni la autenticidad de lo que escribas. Si yo consigo convencer a la prensa y las editoriales, a través de contactos terceros, de que he comenzado una nueva etapa, con nuevas y frescas ideas –que saldrían de ti– se vendería todo, en cuanto lle-

vara mi firma. Aprovéchate. Yo me voy al Caribe a buscar una nativa y una cuba de ron, y tú haces mi vida regalada aquí. ¿Qué te parece? Vuelvo a los dos años y repartimos beneficios. Es un buen pacto, ¿no?

La periodista se había quedado helada. O al menos eso le pareció. Pero después de una pausa continuó con sus notas, con la cabeza inclinada sobre el bloc.

Pues así fue. Yo trasladé mis enseres, con mi ordenador, al palacio que ve usted. Efectivamente, ¡no soy Enrique Arentino! ¡Soy Ribulo Rodríguez! Pero no se asombre. Escribo mejor que Enrique, la prensa lo dijo, y no eran reseñas de amigos. Me creé una leyenda, también para marketing. Hice correr el rumor de que el pobre Arentino estaba deshecho por el amor de una artista de cine que le había abandonado, y no quería ya recibir a nadie. Hice pensar a la gente que había dejado su vida libertina. Y me concentré ante la pantalla de mi ordenador, me dediqué exclusivamente a escribir. Por eso no he concedido ninguna cita a los periodistas ni a nadie... Sólo algún congreso en sitios lejanos...

La periodista había dejado de tomar notas y sonreía abiertamente.

Amasé una gran cantidad de dinero. No me faltaba de nada en este palacio. Ni siquiera la compañía de mis perros. Alguna escapada a montar a caballo a la finca que Enrique poseía en plena sierra, para cambiar de ambiente... Nada más.

Ribulo –que no Enrique– apuró la copa y se quedó sonriendo estúpidamente, bastante borracho, mientras contemplaba las últimas luces del crepúsculo. Ya lo había dicho todo. Pero...

Pero ocurrió lo peor, señorita. Un día, cuando ya me había adaptado a la nueva vida, y sólo me dedicaba al arte, a apreciar la música –llegué a tomar clases de violín con un profesor cegato–, a disfrutar de las buenas cosas, del dinero... Apareció Enrique.

Fue una noche de tormenta, que es cuando suelen

ocurrir estas cosas. Nadie le vio entrar, ninguna persona de la servidumbre, que por cierto había renovado completamente de acuerdo con nuestra estrategia. Me llevé una sorpresa enorme. Tenía un aspecto magnífico, se notaba que estaba curado. Lo peor...

Hizo una pausa mientras abría la tercera botella.

Lo peor es que pretendía que volviéramos a intercambiar los papeles. ¿Comprende usted? Él volvería a triunfar, se habría aprovechado de los diez libros que durante todo este tiempo –nada menos que cinco años– yo había escrito dándole más fama de la que nunca había tenido, y más dinero... No era solamente una cuestión de dinero. Porque lo peor, como le digo, es que yo volvería a trabajar inclinado con la espalda doblada sobre las cuentas infames de todos los seres odiosos sobre los que ya ni siquiera tendría deseos de fabular. Había disfrutado de las mieles del triunfo, ¿comprende? No era solamente el dinero. Era la Fama. La Fama renacentista. ¿Comprendes, Enrique? ¡No puedes hacerme esto! ¡Déjame, suelta! ¿Cómo te atreves a echarme? ¡Enrique, desagradecido, hijo de puta! ¡Enrique...!

El hombre de la bata, Ribulo –que no Enrique– se tapaba la cara con las manos, mientras sollozaba fuertemente. La periodista le miraba con perplejidad y al mismo tiempo con conmiseración.

Lo maté allí mismo. Lo estrangulé. No sé qué me pasó. Fueron tal vez las imágenes en mi mente de mi próximo futuro, fue la sensación de ver desmoronarse toda la felicidad acumulada en aquellos breves cinco años, frente a mi vida gris anterior que ahora podría volver a reproducirse... No sé. Lo maté.

Hizo un silencio. La periodista estaba impávida.

Después cargué con su cuerpo hasta el maletero del coche y lo enterré en un lugar apartado de la finca «Los tordos», donde iba a pasar temporadas en mi Mercedes de cristales oscurecidos.

Ahora sí que la periodista aceptaba una copa de cava. Los dos brindaron. ¿Por qué?

¿Y por qué brindamos? No lo sé. Yo voy a morir antes de un mes. El cáncer no perdona. Es terrible. Ahora que me encontraba en mi mejor etapa creadora. Ya sabe. Por eso le cuento estas cosas. Para que relate que los artistas hemos sido consumidos por la máquina, que somos seres sin rostro y sin otra leyenda que la que generan los periódicos o las promociones editoriales en nuestro entorno. Seres de cartón piedra, ni siquiera humanos, esclavizados detrás de la pantalla de nuestro ordenador, fabulando historias imposibles de lo que nos gustaría ser...

La periodista se había ido. No estaba. ¿Cómo había salido? El se encontraba al lado de la única puerta, la hubiera sentido. De nuevo lo mismo... Mujeres misteriosas... misteriosas mujeres...

La chica de ayer

IBA con prisa, al banco. Tenía que tramitar un cheque en dólares para el extranjero.

Entró en el edificio de cristaleras enormes. Se veía a través de ellas el paso ajetreado o pausado de las gentes afuera.

Se dirigió hacia la ventanilla de cambio de moneda. Había una cola fastidiosa y lenta.

El señor de la ventanilla tenía el clásico aspecto de funcionario. Con la espalda encorvada sobre el ordenador, las gafas metálicas y doradas alrededor de unos ojos sin color: era un personaje sin identidad. Contaba los billetes una y otra vez de manera desesperante, entreteniendo a las personas que acudían a pedir cambio. Casi no levantaba los ojos del suelo, o los dejaba fijos en el papel de moneda extranjera en cuyo recuento no era nada hábil.

Ya que había tomado sitio en la cola, se entretuvo en mirar por las cristaleras.

Nada interesante. Gente gris. Algunos jóvenes que pasaban riendo y dejaban sentir una agradable nota de color. Por lo general personas mayores vestidas todas de verde, que iban de un lado a otro, sin hacer nada, como corresponde en una ciudad de provincias.

Y de repente, apareció Ella.

Se quedó prendado. Fue un flechazo instantáneo.

Una bella jovencita de unos dieciséis años. Siempre había pensado que en aquella ciudad las mujeres adorables tenían entre dieciséis y dieciocho años. Después de haber conseguido quien las mantuviera, se convertían en seres sin gracia, fondonas, iguales unas a otras, vestidas de modo convencional. A diferencia de las mujeres sevillanas, de espíritu más romano, que ganaban con la edad, y poseían un aspecto interesantísimo en la treintena e incluso en la cuarentena. O las catalanas, que envejecían con mucha dignidad y aspecto deportivo.

Las visiones que más recordaba del verano eran aquellas alegres muchachitas, con los cabellos enredados por el viento, las mechas rubias, los rizos al aire, atravesando las zonas residenciales intrépidamente, entre risas, en sus vespinos atroces, generalmente sin matrícula. Para ellas no existían normas. Se colaban por las aceras, o en dirección prohibida. Les bastaba una simple botella de coca-cola para sentirse bien con su amigo o con su amiga, retozando en el césped, o concurriendo en masa –siempre en masa– a los mismos lugares, que tenían para ellas el aliciente de la muchedumbre de afines.

Aquellas muchachitas enseñaban cada vez una parte distinta de su cuerpo, dependiendo de la moda. Tan pronto unos tersos vientres, de enorme appeal, con el ombligo al aire, las chaquetillas o las camisetas cortadas. O las piernas, unas piernas cándidas, aún por formar definitivamente. O las curvas incipientes de unos pechos tiernos y diminutos.

Sí, tenían morbo aquellas adorables jovencitas, pensó.

Aquel invierno era una prolongación del verano, en ciertos aspectos de la exhibición del cuerpo femenino. Las chicas llevaban unos pantalones ajustados a la pierna llamados mallas.

Y los muslos alargados, limpios, de aquélla muchac-

hita de cabellos castaños quedaban de manifiesto claramente, con una incitación particular, con un morbo especial.

La chica vestía un largo jersey de lana, de tonos alegres para ser marrones, que cubría parte de sus intimidades hasta detrás del glúteo. Y luego estaban las piernas, aquéllas piernas gráciles, que la hacían andar vaporosamente, con una frescura liviana, como si rozara apenas el suelo, como si bailara por encima de los miserables adoquines que sostenían su ingrávido cuerpo juvenil, adorable.

¡Qué horribles las personas de la cola! ¡Qué horrible aquel señor que contaba los billetes humedeciendo los dedos con sus labios de modo antihigiénico, con aspecto avariento!

Se quedó prendado de la muchacha. Gracias a la espléndida cristalera que sólo tienen algunos edificios modernos, pudo seguir sus pasos. La chica caminaba hacia un extremo de la calle.

De repente, tras haber transcurrido toda la extensión de la manzana acristalada del banco –lo que le obligó a perder la prudencia, y admirar su trayecto siguiéndola descaradamente con un movimiento de cabeza, de un extremo a otro– se detuvo y miró insistentemente a través de los cristales.

Eugenio creyó percibir que la muchacha se había dado cuenta de que él la miraba. Su ego así se lo hizo creer al menos. ¿Tendría todavía suficientemente atractivo para las muchachitas? Él, cuarentón, apoltronado por su oficio de arquitecto adinerado... a estas alturas, ¿podría permitirse...? ¡Bah! –se dijo–. Pero se miró la barriga incipiente. En fin, pensó, quién sabe.

Se atusó la corbata, de colores bien combinados con la preciosa chaqueta deportiva. Nadie podía negar que los arquitectos, si no para las casas, tenían buen gusto para la ropa.

Siguió de nuevo el tránsito de la muchacha y le pare-

ció percibir unas escalas delicadas de piano, tal vez Debussy, tal vez su imaginación. No, no era la música del banco, tremendamente plastificada e insoportable, el hilo musical rutinario que convertía la música en chicle. Era una música que brotaba de su cabeza y que parecía irse acompasando al andar gracioso de la jovencita. Y, lo más curioso, empezó a darse cuenta de que Ella también la sentía. Sentía a buen seguro su mirada, la obsesión que empezada a sentir hacia las formas de su cuerpo.

La muchacha se detuvo, después de andar arriba y abajo, seguida constantemente –como una cámara cinematográfica– por la mirada y la mente de Eugenio. Se detuvo en la puerta del banco, también acristalada, que hacía chaflán. Y miró recatadamente hacia el interior. Sí, ahora estaba seguro. La muchacha estaba pendiente de él.

Era su turno. Le dieron un codazo que le sacó bruscamente –¡cuán bruscamente!– de sus ensueños.

El funcionario de la ventanilla atendió su solicitud. Pero él la exponía mirando por el rabillo del ojo a la puerta del banco.

Sí, podía hacerse. Pero, ¿qué cantidad?. ¿Lo quería en billetes grandes o pequeños? ¿Qué tipo de billetes? Aclaró todas las engorrosas preguntas del gulipa de la ventanilla, y éste desapareció un momento en busca de los impresos.

Eugenio miró de nuevo hacia la puerta. Detrás de ella estaba la muchacha, haciendo como que esperaba a alguien. ¿Le esperaba a él? De vez en cuando miraba hacia adentro, sonreía y se mordía los labios. Tal vez esperaba a que él se decidiera a abordarla.

Detrás de Ella la gente cruzaba incesantemente por un paso de peatones, en bandadas sucesivas, como cabras bien concertadas dirigidas hacia el aprisco. Pero Ella no hacía ademán de cruzar la calle. Claro, hay que tener coartada para todo –pensó Eugenio–. Quizá se

había dado cuenta de que a él le gustaba, y estaba disimulando.

Apareció, al fin, el torpe señor de la ventanilla y volvió a aturdirle con preguntas miserables y absurdas, que apartaban su cerebro momentáneamente de la Visión. El gulipa parecía regodearse especialmente con él, pese a los ademanes de impaciencia que comenzaba a hacer Eugenio. Aquéllo no iba a acabar nunca. Y la cosa es que no podía dejar aquella gestión para más adelante, porque era importante.

El funcionario desapareció otra vez. Allí seguía la muchachita, con los brazos cruzados ahora, mirándole a los ojos con incitante insinuación, y mordiéndose los labios mientras hacía un gesto de impaciencia también con sus deliciosas piernecillas embutidas en los pantalones ajustados que realzaban su figura hasta, hasta... ¡Dios mío! Eugenio estaba perdiendo la cabeza, descompuesto. Estaba decidido a todo.

Apareció el de la ventanilla con otros impresos. Rellene esto, por favor. Firme aquí. Y firme aquí. Para cuándo lo quiere. Tendrá que esperar un poco más. Si me permite un momento le digo la fecha exacta, voy a consultar por teléfono con el encargado, en el piso de arriba.

Eugenio se desesperaba.

Finalmente, después de un tedioso trámite, se terminó la gestión. El de la ventanilla apenas levantó la cabeza desde su chepa cubierta por un jersey gris, para entregarle un impreso de color rosa bobo que él metió apresuradamente en el bolsillo interior de la chaqueta.

Pregunte por Mario Malva cuando venga a recoger el dinero. Adiós Don Eugenio.

Eugenio contuvo un último gesto de fastidio y se volvió. Se abrió paso entre la gente de la cola, que había ido aumentando, y caminó decidido hacia la puerta.

Pero ya no estaba. La chica voló, como decía la canción. Se quedó tristísimo. La buscó con la mirada por

todas partes, entre la muchedumbre atontecida que caminaba a gastarse el dinero de la extraordinaria en las compras que le sugería la publicidad. No encontró ni rastro.

La próxima vez que la vea, se dijo... Pero los milagros no se repiten.

Aquella noche el empleado de la ventanilla llegó tarde a su casa. Vivía en un piso de escaleras de madera y paredes marrones que habían sido blancas. Una casa del siglo pasado, con el entramado de madera quizás comido por las termitas.

Mario Malva abrió la puerta, y dejó la chaqueta gris y el jersey gris en el perchero. Estaba cansado.

Entró en la habitación, con una cama de matrimonio grande, también de madera; de madera repintada, pero de madera.

Y allí estaba Ella, esperándole, tendida encima, cubierta apenas por la sábana.

Hola, Mario. Te estaba esperando desde hacía tiempo. Cuánto has tardado. Estaba impaciente...

Tus padres, ¿saben que estás aquí?

No. Han salido de viaje, como suelen. Tenemos todo el tiempo que quieras. Te fui a buscar al banco, pero había mucha gente en la cola.

Sí, no me fue posible abandonar el trabajo. Eran todos pesadísimos.

Mario se iba quitando la ropa, dejando ver un cuerpo depauperadamente delgado, de piel pálida y demacrada bajo la que se percibían las venas azules, entre el vello envejecido de los brazos.

Y Ella extendió los brazos hacia él.

Ven aquí, amor mío...

María

MARÍA es todo mi amor. La conocí hace tiempo, en un viaje a Francia. ¡La echo tanto de menos! Usted no puede comprender lo que ha sido mi vida desde que la vi por última vez. Parece como si me hubiera traído la desgracia el haber sido inauténtico en aquella ocasión.

Verá, yo la admiraba bastante. Era una mujer de talle grácil, alta, de poderosos ojos marrones y cabello enredado en voluminosa y abundante melena que le confería un aspecto bohemio y ambiguo a la vez. Su tez era oscura, sus piernas esbeltas. Delgada, con clase. Profundamente sensible e inteligente. Tenía guardada en el fondo de su alma toda la belleza adolescente que recuerdo siempre de los momentos más felices de mi vida.

En una ocasión, en el sur de Francia, estuve cantando y tocando la guitarra con unos amigos en la noche. Interpretaba yo tristes canciones de Françoise Hardy o melodiosas baladas italianas, Nicola di Bari, todo eso. Ella estaba allí, enfrente, en la oscuridad de la noche, con la humedad del mar prendida a su piel morena, riendo con una alegría indescifrable.

La perdí de vista desde aquella ocasión. Sólo sabía su nombre: María.

La busqué durante días interminables por la gran ciudad, en París, que era donde sabía vivía. Fui recogiendo datos acerca de su personalidad y sus costumbres a través de sus numerosos amigos. Todos me decían maravillas de su carácter, de su alegre sensibilidad. Y yo recordaba siempre sus profundos ojos oscuros, sus risas.

Usted sabe que París es una ciudad profundamente romántica. Yo estaba destinado como lector de español en la Sorbona. Pero poco a poco mi trabajo me fue interesando cada vez menos, y lo auténticamente importante para mí era encontrarla de nuevo. El recuerdo de aquella noche, cantando a la luz de la luna y las estrellas, el perfume del mar, el olor de su cuerpo cercano, sus ojos, sobre todo sus ojos, su pelo ensortijado, sus finas piernas...

Realicé una labor de detective durante toda mi estancia en la gran ciudad. Pateé de arriba abajo todos los barrios, recorrí todos los lugares a que solía ir con la esperanza de encontrarla. Eran lugares bohemios y encantadores, propios de artistas.

Y al fin fui aproximándome a ella. Coincidía de vez en cuando en determinados bares a los que acudía, siempre entre risas, rodeada de amigos, gente desenfadada y generalmente también de gran belleza y atractivo.

No me atrevía a abordarla. Solamente algunos saludos lejanos, alguna sonrisa, una mirada incierta que intentaba provocar en ella el germen de la sospecha de mis sentimientos hacia su persona. Estoy seguro de que poco a poco, con nuestros corteses contactos en la lejanía, se fue dando cuenta. Y una tarde, al fin, la seguí.

Localicé su casa finalmente en Montmartre, un edificio oscuro como sus ojos poderosos y grandes, abisales.

Aquella casa tenía para mí un magnetismo cada vez superior. En mis desplazamientos por la ciudad procuraba pasar siempre por el portal, confiando en encontrarla. Pero el portal se hallaba siempre vacío.

Y un día, al fin, armado de valor la llamé por teléfono. Soy yo, estoy en París. Sí, hemos coincidido algunas veces. Verás, estoy escribiendo el guión de una película y me gustaría hablar contigo para poder inspirarme mejor. Sí, no te rías. Me gustaría hablar contigo. ¿Cuándo podemos quedar?

No se presentó a la cita, lo que hizo su figura en mi imaginación mucho más interesante todavía. Y proseguí la caza. La llamaba confiando que se pusiera al teléfono, y cuando su compañero respondía a la llamada, colgaba sin dar explicaciones.

Finalmente volví a hablar con ella. Tenía una cierta voz de fastidio cuando me respondió. Sí, esta misma noche, a las siete. Estaré con unos amigos, pero podemos vernos. De acuerdo.

Me presenté nervioso a la cita.

Efectivamente allí estaba María, con un animado grupo de bailarines un tanto amanerados, con los que reía sin inhibiciones. También dos chicas muy altas, con aspecto de modelos de alta costura.

Yo estaba un tanto cortado. Me uní a ellos y me senté a su lado, pero no pude articular apenas palabra. Incluso creo que, para disimular, entablé conversación con una de las dos modelos. El local tenía una música estridente, extremadamente estruendosa, y un ambiente espeso, cargado de humo, de olores a cuerpos humanos. Me sentía mal. Me parece que a ella yo le importaba un ardite. Tal vez no era su tipo, por lo bajito, no sé.

En un momento en que salió al cuarto de baño, me levanté detrás y la espeté. María, me gustaría no compartir con nadie esta noche, estar a solas contigo charlando. Me ayudaría mucho en mi trabajo.

Me miró con un rictus de picardía y desconfianza. Evidentemente sabía lo que pasaba por mi cabeza, y no hacía caso de mis palabras.

Nos marchamos en mi coche sin despedirnos apenas de nadie, entre el alboroto de los bailarines que se

quedaban sin su diversión central y protestaban de modo desacorde.

Sentí un gran alivio cuando nos alejamos de la boîte. Ella me recomendó un sitio que frecuentaba, un pequeño restaurante de ambiente bohemio, con música tenue de fondo, quizás Eagles.

Yo estaba acomplejado y no sabía porqué. Usted sabe cómo soy. Llevamos muchas sesiones de psicoanálisis y me comprende. La cosa es que sentía las miradas de todo el mundo sobre mí, y tenía la sensación de estar haciendo algo malo, no sé exactamente porqué. La culpa, quizás.

Nunca olvidaré aquel momento, mientras sonaba al fondo «Fool to cry», una balada de Mike Jagger. María me miró profundamente con sus ojos abismales y me dijo: ¿Ves? La montaña más grande del mundo no existe.

No pude decir nada más. Estuve todo el rato en silencio, pensando, disfrutando de su compañía. Ella miraba a otras partes, no sé si se aburría. Yo sentía aquellos momentos como muy intensos, por el contrario.

Cuando iban a cerrar el local y salimos, me sentí desamparado.

Recuerdo que tuve que quitar un inmenso cubo de basura que habían dejado detrás del automóvil. La ciudad estaba repleta de luz, la noche oscura encima. Tuve un repentino arresto de valor y se lo dije:

Eres como la Noche para mí. Estoy completamente magnetizado por ti. Sé que no lo comprendes. Sólo quiero ser tu amigo, nada más. Me gustaría ser tu único amigo, tu mejor amigo, llegar al fondo de tus pensamientos. ¿Has tenido alguna vez un amigo?

El psicoanalista se había levantado un momento para atender un timbre inoportuno del teléfono.

Mientras, él se quitó las gafas que estaban empañadas por el ardor de sus sentimientos. Se atusó descui-

dadamente el pelo largo, rojizo. Era bajo, pensó, ése era el problema en que radicaban todos sus complejos. Tal vez María era lo inasequible, lo imposible, lo más alto, lo más bello, lo más grácil: su antítesis. Pensó que tenía que decírselo al psicoanalista cuando volviera.

Por cierto que siempre se había sentido intrigado por aquellas cortinas que estaban en el rincón. ¿Qué habría detrás de ellas? Parecía como si dieran a otra habitación, o como si taparan un falso ventanal. ¡Vaya, qué fastidio! Justamente ahora que estaba aclarándome en el momento cumbre, este tipo se va. Freud miraba con reconvención desde la foto inmensa que colgaba de la pared.

No se preocupe, lo comprendo, no es nada habitual en usted. Le iba diciendo que debía haber sido más persuasivo, más claro. Porque la declaración de amor que le hice a María no fue lo suficientemente convincente. Hasta el punto de que aquella noche yo confundía la realidad con el sueño, y no estoy siquiera seguro de haberle dicho nada de lo que le he referido antes. Tal vez me pasé la noche como un bobo pensando soliloquios que a ella, profundamente alegre, quizás le produjeron una sensación de rechazo ante mi hosco silencio. No sé. Operaron mis miedos, mis complejos. Ni siquiera sé si me hubiera gustado acostarme con ella. Sólo sé que, al menos en aquel momento, era la mujer de mi vida, y la hubiera transformado. Tal vez sólo con haber contado con su amistad yo me habría curado de tantos complejos... Después, usted lo sabe. Mi vida gris, mis fracasos, la separación de mi mujer, mi terrible desconfianza en mí mismo, mi imposibilidad para relacionarme con la gente... Usted es casi un mago, me está curando de todo. Le estoy muy agradecido.

Volvió a sonar el timbre del teléfono. El psicoanalista de barba blanca se levantó deslizando una excusa. Nunca había ocurrido esto durante tantos años de lar-

gas sesiones en las que, por fin, se había atrevido a contar el fondo de sus pensamientos. Si María hubiera sabido de él, si hubiera comprendido la profundidad de artista que latía en el interior de su alma...

Estaba verdaderamente intrigado por aquellos cortinajes verdes. ¿Qué ocultarían detrás? En sus sesiones había aprendido que no había que tener miedo a nada, así que se levantó.

Woody Allen se levantó, efectivamente. Se dirigió hacia los cortinajes. Tuvo un instante de duda cuando estrechó con sus manos los bordes de los mismos. Y luego, haciendo acopio de valor, los descorrió de manera brusca y rápida, para ver qué había detrás.

Y, ¡oh milagro! Detrás, había un enorme cuadro que representaba a María, sentada en una pequeña silla, mirando tímidamente hacia el suelo.

Freud y los fantasmas

LA siguiente paciente era hermosa, pensó el doctor Freud cuando la enfermera la hizo pasar.

Iba vestida con un traje de complicados volantes, y posaba en su mano derecha una pequeña sombrilla, que más bien era un símbolo del deseo de todos los vieneses de que surgiera el ansiado sol de primavera.

La muchacha se reclinó obediente en el diván, recogiendo pudorosamente los pliegues de sus faldas y dejando ver las formas contorneadas de unos tobillos absolutamente eróticos.

El doctor se sintió interesado por su caso. El silencio que la muchacha creó alrededor de su relato. El hálito que rodeaba a sus palabras. La tenue sonrisa que escondía un fondo de tristeza detrás de sus pensamientos adorables. Adorables como los rizos de su pelo, que se enredaban alrededor de las orejas. Orejas de lóbulos delicados, teñidas de tenue vello que seguía hasta el inicio del cuello. Un cuello de garza, esbelto, erguido, noble como el de una diosa egipcia, Nefertiti con rasgos de muchacha vienesa, rubia castaño con guedejas maravillosas que le hacían soñar, inconscientemente, cuando oía su historia.

La muchacha hablaba y le confiaba sus sentimien-

tos. Él era un profesional serio, de barba blanca, de gafas doradas, de mirada profunda. Él era Sigmund Freud, y todas las editoriales del mundo debían estar esperando su muerte para publicar traducciones infames de sus pensamientos más meditados. Y todos los estudiantes del mundo debían estar esperando su muerte para poder discutir la problemática de sus problemas, las cuestiones más serias del mundo, él que era un hombre serio, de barba blanca, de gafas doradas, de mirada profunda. Él, que se estaba enamorando como un niño, sin darse cuenta, de aquella hermosa muchacha de guedejas rubias castaño y mirada inocente.

¡Qué perversiones tan sabrosas se escondían detrás de aquella aparente inocencia! ¡Qué bien preparada, aquella muchacha, para un nuevo concepto del sexo, para una nueva forma de liberación, constreñida por la sociedad vienesa pacata y puritana que no sabía admirar sus bellos pensamientos, sus bellos senos, sus bellos...!

¡Cielos! ¿Qué estaba pensando? Ya no sabía lo que la chica le estaba contando. Se había abstraído en ensoñaciones eróticas. Había perdido el hilo. Y la chica estaba de lo más acalorada, contándole cosas y cosas, relatándole bellas perfidias, bellos pensamientos sensuales, bellos deseos ocultos que no eran infames, sino maravillosos e inocentes detrás de la aparente villanía en que ella creía estar sumida. Todos los hombres somos iguales, con diversas variantes en un mapa pequeño de opciones perversas, que creemos perversas, pero que son tan comunes, tan repetidas, que hastiarían al confesor más exigente.

Pero, ¿cómo le preguntaba a la chica ahora por dónde iba? Se había perdido. En realidad estaba pensando una nueva teoría, conforme ella le hablaba. ¿De qué servirían sus teorías en el futuro? ¡Quién lo sabe! ¡Quizá pasarían desapercibidas, se superarían, se olvidarían! Y... ¿De qué servía toda teoría?

La imagen, la presencia de aquella chica adorable,

era mucho más importante, por ser un rasgo vivo de la vida, que todos los pensamientos más profundos, que todas las explicaciones más estrictas, que todas las teorías...

Al cabo de muchas sesiones, en las que se esforzó, no sólo por comprender el problema, sino simplemente en ir seduciendo a la chica, él, hombre cincuentón, ya metido en años, pero con una pasión voraz hacia todo lo juvenil, que le parecía entrañable, maravilloso, divino, consiguió una cita.

Me preguntaréis, ¿Sigmund Freud una cita? Efectivamente. Acudió a ella como un colegial nervioso, con un ramo de violetas en la mano derecha y una pequeña caja de bombones Mozart en la izquierda. En realidad no sabía qué podía gustarle más a la chica, así que se decidió por los dos regalos. Y, lo más importante, llevaba en el bolsillo un libro con grabados eróticos de la China antigua, que pensaba mostrarle en el momento oportuno.

Pensó que se estaba convirtiendo en un viejo verde, pero ¡qué diablos! sólo se vive una vez.

La chica apareció, vestida de terciopelo negro. Estaba preciosa con el cabello cayéndole en abundantes rizos sobre los hombros. El cuello dejaba ver unos encajes delicadísimos, blancos. Y, detrás, la piel también blanquísima, con algunos lunares que conferían un mayor interés a la aventura de seguir las pistas que conducían a los senos. Unos senos pequeños, tersos, que se agitaban aleteando impacientes por encima de una cintura muy ceñida.

La tomó de la mano, temblando de emoción, y se introdujeron en el carruaje, ocultándose de la vista de los curiosos.

Ya en el coche, lo recordaría siempre, ella le acarició la barba cana, y él la estrechó apasionadamente entre sus brazos.

De un modo muy poco científico se obsesionó pre-

guntándose cómo serían los bordados de su ropa interior, qué tipo de sorpresas le aguardaban detrás de aquellos faldones.

Y Freud, mientras llegaban al apartado hotelito entre árboles que había elegido para la primera cita, se permitió ensoñar. Recordó visiones de infancia, la primera muchacha a la que amó, más rubia, en una lejana playa, mientras el sol resbalaba ardiente en el verano sobre sus cuerpos. Aquella primera muchacha cuyo cuerpo le obsesionó siempre. Sus largos cabellos. Sus largas y estilizadas piernas, patentes a través del largo bañador que trataba de ocultarlas. Su primera experiencia amorosa en una habitación oscura, mientras pensaba en su madre, que podría descubrirles en cualquier momento.

Se sonrió. ¡Si la posteridad conociera que así descubrió el complejo de Edipo! Pero, ¡bah! ¿Qué importa la posteridad? se dijo. Lo que importa es la vida... La vida era aquella preciosa muchacha de veinte años que le besaba con besos chiquititos, coquetos, rozándole apenas los labios, y tocándole suavemente la entrepierna.

¿Quién fue el imbécil que dijo que los intelectuales eran impotentes? Él por lo menos estaba hecho una fuerza de la naturaleza. Así, se arrojó sobre ella una vez que estuvieron en la cama, alborotando todas sus enaguas, quitándole con frenesí todos sus encajes, descubriéndose como un animal sediento de amor que había dejado la mente y la ciencia –¡por fin, una vez en su vida!– colgadas del perchero de la entrada, con su viejo sombrero negro.

¿Queréis saber lo que pasó?

No sé si debo contarlo. No sé si lo vais a creer...

Terminaron de hacer el amor, entre jadeos, gritos, suspiros, besos, caricias... Fue un momento maravilloso, que nunca iba a olvidar... Que nunca iba a olvidar...

La muchacha, desnuda, se le acercó. Se echó sobre

su pecho, mientras él encendía la pipa recuperando el aspecto científico de profesor interesante, y sonriendo con ironía hacia el propio comportamiento deliciosamente animal que ambos habían tenido.

Sí, se dijo, hay que perfeccionar la teoría de la libido. Es más importante de lo que parece. Hay muchas cuestiones en las que profundizar todavía. No sé si tendré tiempo en mi vida para hacerlo, pero...

La muchacha le acarició el vello canoso del pecho, que se ensortijaba entre sus dedos. Le besó en él. Y le contó un deseo...

Nunca supo hasta qué punto iba a ser importante aquél deseo para él y para su vida.

La muchacha estaba bellísima, con sus pechos pequeños, con su piel blanca, con sus cabellos deshechos, con sus piernas finas y alargadas de perfil perfecto. Estaba preciosa, pensó. ¡Qué adorable!

La muchacha... ¡Cielos! Seguiré...

La muchacha le dijo: quiero expresarte un deseo.

¿Qué deseo? preguntó él sin prestar suficiente atención todavía.

Te adoro, te quiero. Pero no quiero sólo tu cuerpo. Quiero también tu mente, tu inteligencia...

Ella, adorablemente inclinada sobre su cabeza, se detuvo un instante y exclamó: ¡Me gustaría entrar en tus sueños!

Sin apercibirse de la importancia del hecho, él se rió francamente, como a veces se ríen los sabios: como los niños.

Pero, muchacha, ¿para qué quieres entrar en mis sueños?

Quiero que seamos uno, quiero habitar en tu mente, quiero ser un personaje de tu cabeza, quiero...

¿Quieres ser mi fantasma, acaso?

Quiero ser tu fantasma. Quiero habitar en tus sueños...

El sonrió. Dejó la pipa a un lado y le dio un beso, un

beso largo, profundo, intenso, como son los besos de los niños, digo, de los sabios...

Se durmieron los dos, abrazados, como dos adolescentes enamorados. Freud estaba feliz. Él nunca había sido feliz en su vida, pero ese era un secreto que esperaba no se conociera nunca. Sí, había sido feliz con aquella muchacha primera, la de las piernas largas y los cabellos largos, la de la playa aquella cuando, ocultos entre las piedras, se enseñaron el sexo... El sexo... ¿Y la muerte? ¡Cielos! El sexo y la muerte... Pero, ¿por qué los asociaba ahora? Y la relación era tan profunda, tan íntima...

Sí, tenía que escribir sobre todo aquéllo, inmediatamente, en cuanto volviera a Viena. Aquella muchacha le estaba inspirando... ¡Qué bonitos momentos estaba viviendo! Debe ser verdad que hay que vivir el presente, y disfrutarlo como algo único cuando ese presente nos trae la felicidad... Ojalá que siempre durara... Ojalá que aquella muchacha estuviera siempre con él... Siempre con él... Así, unidos, su sien adorable recostada sobre su sien envejecida por el trabajo agotador, por los días inhóspitos en que iba cimentando teorías, quemando inútilmente su vida por la posteridad, quemando la vida...

Nada justifica el crimen de quemar la propia vida, se dijo. La vida hay que vivirla intensamente. Y el amor es la única manera... El amor... El amor...

Se quedó así, dormido, soñando medio despierto, pensando en sus teorías, en su concepción de la vida, en la muchacha adorable que había traído un aire de frescura a sus días sepultados en la cotidiana abulia de la reiteración, de la interpretación, de la transferencia insoportable a veces de sentimientos con sus pacientes, sus pacientes, sus pacientes... Estaba harto de sus pacientes. Estuvo a punto de suicidarse por ellos. Conocía el caso de algunos colegas que lo habían hecho, incapaces de resistir el peso de tantas intimida-

des, de tantos casos. La muchacha, la muchacha... ¡Al diablo los pacientes!

El sol entraba dulcemente por la ventana. Se oía el canto de los pájaros. Era, evidentemente, primavera. La luz se filtraba a través de los visillos del discreto hotelito que había elegido, en un sitio idílico y romántico, de paisaje delicado y feraz, muy verde, con árboles inmensos que protegían la casa de madera.

Oyó, como saliendo de un sueño, las voces de los huéspedes del cuarto contiguo que bajaban al desayuno. Imaginó los grandes tazones de té caliente, de agradable aroma. Adoraba el té. Adoraba los pájaros. Adoraba los árboles. Adoraba el sol. Adoraba la primavera. Adoraba el amor. ¡Adoraba a la muchacha!...

Pero la muchacha... ¿Dónde estaba la muchacha?

Había un hueco cálido, de aroma femenino, en la almohada, a su lado. Sin embargo el cuerpo de la dulce vienesa había desaparecido.

Por más que buscó, no pudo encontrarla. Y la buscó alarmado... Porque pensaba que en ella residía lo que le quedaba de vida, de felicidad. Y porque estaba profundamente enamorado. Pero pese a sus esfuerzos, ya no la pudo hallar. Y tuvo que regresar a Viena solo.

No supo siquiera dar una explicación convincente en el hotel. Pero nadie preguntó demasiado. Era un médico suficientemente conocido para despertar sospechas.

Y... de nuevo el ciclo de las sesiones agotadoras, insustanciales, desgastadoras, en las que recibía incansablemente a sus enfermos, en las que oía una y otra vez los mismos reiterados problemas con distintas palabras y por distintas personas que creían que dicho problema era único, diferente y, sobre todo, secreto, muy secreto, máxime en aquella sociedad cerrada, represiva...

¡Ah! ¡Cómo echaba de menos a la muchacha! ¿Dónde habría ido?

Cuando cesaron las visitas de sus pacientes, cansa-

do, Sigmund Freud se echó sobre su diván. Cruzó las piernas. Se relajó. Tomó su pipa y, mientras el humo subía en densas volutas hasta el techo, cerró los ojos y se puso a soñar...

Y, ¿podéis creerme? Allí estaba ella, en el interior de su mente, viva, real, auténtica... Allí estaba ella hablándole delicadamente, tocándole la frente, besándole en los labios, aliviándole...

No supo nunca cómo la muchacha lo había conseguido. Debió ser cosa de magia. Siempre había pensado, aunque nunca quisiera confesarlo a sus colegas, que la ciencia no puede explicarlo todo –precisamente por ello existe, se dijo consolándose–. Desde luego él no alcanzó nunca a explicarse aquéllo.

Porque lo cierto, lo rigurosamente cierto, es que la muchacha de cabellos castaño dorados, habitaba para siempre jamás en sus Sueños. Y lo que es más, los sueños de la muchacha fueron desde entonces sus mismos sueños. De este modo fue –enorme secreto– cómo a partir de entonces escribió cosas mucho más bellas, más interesantes, más profundas.

Y, siempre que iba a escribir, cerraba los ojos y soñaba. Y en sus sueños aparecía la bella muchacha vienesa, que venía a dormir con él, uniendo su cabeza con la suya, uniendo su mente con la suya, uniendo su sien en la suya.

Por eso, siempre que escribía o soñaba, Sigmund Freud tenía una bella mujer habitando el fondo sin fondo de sus pensamientos.

Una historia de sirenas

El verano era azul y rojo, como los atardeceres de Galicia a las orillas del mar.

Caía la tarde y charlaba un grupo de amigos, viejos profesores de instituto que relataban historias verdaderas y fingidas con la voz pausada y sugerente, con el saber contar de los viejos.

Evocaban el día, que había sido espléndido, lleno de luz. Y entonces, uno de los contertulios, contó en voz baja y pausada:

«Tenía yo, dijo, un amigo especialista en literatura fantástica. Sabía más que nadie de aquel tema, y a veces, tal y como se refería a ello, parecía que había llegado a un punto en que confundía realidad y fantasía. Pero él vivía dando clases como un modesto profesor, en una provincia del interior, que no tenía mar.

Un día acudió a un importante congreso que tenía lugar en la costa, y en el que se iban a debatir diversos aspectos de lo fantástico.

Cuentan otros asistentes que durante los días que precedieron a su conferencia, se retiraba con frecuencia a su habitación, aquejado de fuertes dolores de cabeza que hasta entonces no había sentido con aquélla frecuencia e intensidad.

Por fin llegó el día de su intervención. Como era persona notable, la sala estaba concurrida.

Habló durante largo rato de diversos aspectos de la literatura fantástica, y todo el mundo le escuchó con corrección.

Al final de la disertación le hicieron algunas preguntas.

Pero hubo una persona en especial.

Allí, sentada en primera fila, se encontraba una muchacha de cabellos largos y ojos intensamente grandes, de un color indefinible, semejante al mar claro cuando llueve.

La muchacha le preguntó acerca de la existencia de las sirenas.

Y el profesor, sorprendentemente, apenas supo contestarle. Respondió algunas frases confusas, aludió a la figura del padre Feijoo, que tanto hizo por acabar con las supercherías y supersticiones en España, pero que aceptaba la existencia de estos seres legendarios. «Yo, dijo, vengo de tierra adentro, de lugares donde no existen estas leyendas, porque estamos lejos de la fascinación del mar, pero en lo más profundo de mi ser siempre hubiera deseado conocer una sirena».

Todos rieron la ocurrencia, excepto el profesor y la muchacha de ojos color de mar, que se quedaron mirándose.

Es lo último que dicen se supo de él. Al día siguiente había desaparecido.

Hay quien dice que se marchó al mar».

La dulce sombra de aquel árbol

«¿Qué es la vida,
si los árboles acaban!»

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

EL cielo estaba oscuro. Soplaba el viento. Caían las algarrobas sobre el jardín de septiembre, con un ruido seco. Era la primera tormenta, el fin del verano.

Los árboles se miraban absortos con el silencio de los niños locos, con la calma de las aves ciegas. Estrenaban el sonido nuevo de sus enaguas recién mojadas, mientras caminaban pasos imposibles por las avenidas infinitas de sus pensamientos muertos.

Pero ellos estaban vivos. Ella lo sabía.

Había estado escuchando sus conversaciones en el silencio de las noches estrelladas del verano. Hablaban con voz queda, transpirando palabras y sensaciones a través de la rugosa carne de sus troncos cargados de años. Hablaban del cielo, de la luna. Hablaban sobre todo del viento.

Habían estado disfrutando de la primavera, diseminando su polen con generosa amplitud en busca de una nueva germinación que prolongara su especie. Y se entretenían en contar historias descabelladas, historias sin principio ni final. Por lo menos los hombres,

que viven mucho menos tiempo, no eran capaces de encontrar inicio y fin a estos cuentos de verano.

Pero ahora el cielo estaba de bronca, y volcaba todo su temperamento en sordos estampidos, mientras ellos danzaban al compás del viento.

Eva se acercó al árbol que más quería. Admiró su tronco veteado por los años, y pasó la mano sobre su piel.

Se acordó de otras historias en otros jardines, cuando niña. Siempre había estado obsesionada por aquel relato de la mujer perseguida por el violador apasionado, que se convirtió en árbol mientras las manos de éste, en un gesto inútil, intentaban abrazar su talle.

Tampoco sabía si todos, al morir, nos convertiríamos en árboles, y reviviríamos en cada primavera.

Quizá los árboles estaban vivos y lo sabían todo. Quizá eran seres humanos que, en un estado privilegiado, proseguían sus vidas más tiempo, conservando una postura estática, tan sólo alterada por las ráfagas del viento, del viento que soplaba fuerte como un toro que preparaba la embestida, en aquella tarde, al final del verano.

Sintió el fragor de los truenos y se acercó aún más a aquel árbol tan querido, de hoja perenne, que se encorvaba sobre la casa protegiéndola. Era una hembra, pensó. En cambio, las dos enormes encinas que parecían surgir de un mismo tronco, pero que sólo en uno de sus extremos florecía, podían ser una hermosa pareja de enamorados.

Se inclinó sobre el árbol. El pimentero crecía siempre al lado del pino grande, amparado en su compañía viril.

Le pareció notar en él un cierto movimiento de savia, como si se emocionara con su proximidad. Y se abrazó al tronco, enlazándolo en presa.

La tarde estaba hermosa, y la tormenta seguía acercándose.

Su perra comenzó a alejarse, lanzando un aullido lúgubre de presentimientos varios, y corrió a refugiarse al otro lado del jardín.

Pero Eva se sentía a gusto, abrazada salvajemente al tronco del pimentero de hoja perenne, que se agitaba cada vez más bravamente, como una hembra en celo, con ritmo progresivamente enloquecido.

Se hacía daño en las manos, pero siguió presionando, disfrutando de una feroz sensación de placer.

Tal vez fue entonces cuando deseó ser árbol.

Tal vez fue también entonces, cuando descargó la claridad terrible del rayo, con seco impacto sobre el tronco de aquel árbol.

En la nevera (cuento para niñas)

TODO estaba en la oscuridad. Podía oler apetitosos alimentos sin discernirlos.

De repente se hizo la luz y alguien la sacó fuera. Oyó un rumor de voces, alegría, canciones de cumpleaños. Alguien entonó una típica melodía y encendió las velas.

La tarta brillaba.

Sintió cómo se iban aproximando a su cuerpo. Cada vez cogían un trozo más próximo. Hasta que sólo quedó el lugar en que ella se encontraba encaramada.

El niño la miró con ojos golosos. Estaba satisfecho, y sin embargo parecía querer acabar con todo.

Cuando la fue a introducir en su boca, la figura de la pequeña bailarina de dulce se movió, asustada.

El niño lanzó un pequeño aullido de sorpresa. Todos volvieron su mirada hacia la pequeña, que se sintió salvada.

Pero días más tarde, cansados de ella, pues no tenía utilidad alguna, la metieron en una botella de cristal, y la colocaron en un lugar de la habitación del niño.

Éste creció, se hizo un hombre, se olvidó del extraordinario asunto.

Al cabo de mucho tiempo, una noche en que recor-

daba con nostalgia su infancia, vino a su memoria el misterioso episodio de la bailarina en el centro de la tarta de cumpleaños.

Buscó entre los cacharros arrumbados aquella botella, y finalmente la halló, cubierta de polvo.

La estuvo contemplando. El cristal se había tornado casi opaco, y apenas podía distinguirse su interior.

Una luz, muy tenue al principio, más fuerte después, se percibía en el fondo de la botella como un paisaje de brumas inciertas.

De repente, alarmado por aquella luz extraña, la botella cayó de sus manos.

Hubo una pequeña explosión. Y en lugar de la pequeña bailarina encerrada, apareció una bella muchacha de tamaño humano.

El muchacho quedó prendado de su belleza. Comprendió que era la mujer de sus sueños, y se unió a ella para siempre.

Los bufones del Prado

APROVECHÓ para entrar en el Museo del Prado. Era una tarde fría. No faltaba mucho para que cerraran, pero pensó que podría obtener una sensación estética en pocos momentos. Y efectivamente así iba a ser.

Aparcó el coche en la zona de personal, saltándose las normas, y entró con aire decidido en el recinto, de tal modo que los vigilantes no se atrevieron a reconvenirle su conducta.

Pasó delante de los cuadros del Medioevo, que siempre le habían interesado, su visión fantástica, los demonios, la delicadeza de las Vírgenes. Esta vez no le interesaban en absoluto, le dejaban frío.

Siguió andando y se topó con los cuadros de Rubens. Le parecieron desmesurados y superficiales, los ignoró también. Al fondo estaban algunas muestras de estatuaria romana, adolescentes en posturas armoniosas, efebos con la mirada baja y el rostro inclinado en señal de humildad ante la propia belleza. Y las Venus sorprendidas, al salir del baño, por el sol que se filtraba a través de las cristaleras.

Accedió al piso superior después de contemplar, en un rincón perdido de la escalera, un bello cuadro representando el despertar de Apolo probablemente.

En ese piso se encontraba toda la España oscura, la

España sojuzgada por la Contrarreforma, por la religión entendida de manera represiva, por reyes rígidos. Como en todos los demás países del mundo en esa época.

¿Y el pueblo? Se preguntó por el pueblo. El pueblo vivía probablemente en libertad, como siempre había hecho incluso bajo las formas más tremendas de sojuzgación. El pueblo poseía una mentalidad carnavalesca, festiva.

Pasó delante de la impresionante pintura cortesana de Velázquez sin inmutarse. Eran pinturas de compromiso, reyes, nobles, poderosos a los que prestaba su pincel. Y Velázquez estaba allí retratado en el cuadro de *Las meninas,* con una mirada de profunda tristeza, que era la tristeza del artista vendido al poder para sobrevivir, para crear, para ser.

Ignoró hasta los grandes cuadros, *Las hilanderas, La rendición de Breda...* Y se entretuvo en cambio con los lienzos en los que ningún visitante reparaba. Se extasió espontáneamente ante los bufones de la corte. Se abismó ante la profunda mirada de aquellos seres populares, con aspecto desgraciado –a veces próximos a la subnormalidad– y que sin embargo tenían que hacer reír a la corte con su propia tristeza. La tragedia del payaso. La cara oculta de la risa. ¡Qué profundidad en sus expresiones! ¡Qué terribles sus ojos!

Allí estaba el bufón que tiraba las armas al suelo y enarbolaba un palo, para hacer burla probablemente de la guerra, para ostentar su propia cobardía, que movería a risa en una corte de caballeros acostumbrados a vencer en las batallas, a desafiar al mundo, a enaltecer la valentía de sus gestas.

Aquel bufón posiblemente tenía relación con el pobre Estebanillo González, hombre de buen humor, de la literatura picaresca. Velázquez nos mostraba, como en ella, el rostro de los desprotegidos, de los marginados, despreciados, vejados, infamados.

Se negaba a aceptar que los retratos de bufones de Velázquez fueran simplemente un juego de pintor aburrido, un ejercicio de pincel. Había una dimensión de profundidad en aquellos rostros que conmovía intensamente.

Entonces pensó que España, la España que marcaba la pauta de las ideologías y las victorias en todo el mundo, era exactamente igual a todas las naciones. Todas tenían su Inquisición particular, su forma de censura, su forma de opresión, de puritanismo, de religión coercitiva. Sólo que el español poseía una capacidad autocrítica bien superior, y mostraba las llagas de sus heridas allí donde otros procuraban ocultarlas. Siempre había sido así.

De este modo, mientras la pintura de otros artistas extranjeros de la época consistía en edulcoradas representaciones míticas, en las que sublimaban hipócritamente los defectos de la sociedad y la especie personal de su tragedia, Velázquez se complacía en enseñar aquellos rostros de personajes rotos, aquellos borrachos embrutecidos por la carencia de mañana.

Los holandeses y flamencos también pintaron escenas diarias, pero carecían de profundidad, eran simples costumbristas que mostraban lo cotidiano sin dimensión trágica. La profundidad estaba en los rostros populares de Velázquez.

Sin poder evitar aquella sensación, aquel pensamiento, siguió deambulando por las salas del museo. Y se sorprendió también, en un determinado momento, admirando la gentil apostura de una visitante del Prado, una muchacha rubia, que se encontraba ante una espantosa pintura de Murillo. De este modo, de la percepción del cuadro pasó a la comprensión estética de la realidad cotidiana entorno. La belleza se encontraba del mismo modo en la pintura y en la vida. Pero la muchacha salió huyendo y se unió a otro grupo de jóvenes hermosas.

Cuando llegó a las salas de Goya se entretuvo contemplando la alegría popular y colorista de su primera época. España ya no era la nación sojuzgada y rígida de la Contrarreforma, y las costumbres, también las de la Corte, se habían relajado. Los personajes populares de Velázquez tenían en Goya la misma pobreza, los zapatos rotos, los pies semicalzados, pero jugaban alegremente bajo un sol intenso, bajo un cielo azul y alegre.

Y, de repente, encontró de nuevo el mismo rostro. Vio el rostro del españolito moreno, de tez oscura, de cabellos negros, agitanado, ahora en una escena terrible que detenía el ritmo de su tiempo interior. Allí, iluminado por la luz del farol, los ojos desencajados, aquel personaje, el mismo de Velázquez, el español de siempre, sojuzgado ahora por los que decían iban a liberarle, estaba a punto de caer desplomado bajo las ráfagas de las escopetas. En el suelo, se apilaban los muertos. A un lado, un grupo se tapaba la cara para ocultar su espanto. Y aquel hombre extendía los brazos, desafiante, en un gesto estéril, a punto de ser inmolado por la barbarie militarista.

Era el mismo hombre, el mismo rostro, el mismo español.

Salió del museo emocionado. Tomó el coche y se encaminó de regreso a su casa.

En el camino se detuvo ante un semáforo rojo. Y un hombre se le acercó vendiéndole unos pañuelos de papel, el pelo negro, agitanado. La misma barba desarreglada, la misma tez... La misma mirada trágica del pueblo español de todas las épocas. Seguramente, la España eterna.

El vuelo de la gaviota

AMANECÍA sobre el agua. Era Sevilla que surgía en los colores del día reflejados en aquel riachuelo.

Tumbado en la hierba, aquel hombre contemplaba el cielo con la mirada perdida, después de haber deambulado toda la noche por la ciudad, entre las luces y las sombras de los faroles que aún se encontraban encendidos.

Y su mirada perdida descubrió el vuelo de una gaviota que recorría el cauce del río. Y se abismó en su contemplación, se dejó llevar por el suave movimiento de las alas que planeaban blancas de uno a otro margen.

Y la gaviota, volando mecida por la brisa, le pareció el símbolo más perfecto de la libertad, de su libertad. Y se puso a pensar en ello. La libertad... La libertad era el vuelo de la gaviota ingrávida jugando con el viento.

Más tarde se levantó tambaleándose, a duras penas. No vio las aguas fecales sobre las que sobrevolaba la bella gaviota blanca, ni siquiera sintió su olor, acostumbrado a buscar lugares en detritus de degradación.

Y sumido en el estiércol, pisando a través de los restos de basura que no veía, y que le rodeaban por doquier, siguió pensando en la libertad. Sin saber que la belleza acababa al final de cada dosis.

Un ángel en la tarde

A la caída de la tarde solía aparecer. Nadie sabía de dónde exactamente surgía. Aparecía con unos ojos intensos, grises, que clamaban vida. Unos ojos que abismaban, que producían una sensación de incertidumbre, como cuando el mar penetra en la sombra y alcanza el pecho de la noche.

Llegaba a última hora de la tarde, intentando ocultar su tristeza infinita en una bella sonrisa, que siempre surcaba sus labios de muchacha perdida en el bosque de su propia mente.

Algunas veces la había visto con un chiquillo –quizá su hijo–, en el bar, mientras señoritos burdos, de los que debieran haber fenecido irreparablemente en otro siglo, gastaban bromas a su costa.

Y ella se movía como una gacela, navegando entre las gentes, como si no tocara la tierra, como si nada existiera que pudiera turbar su sonrisa, su eterna sonrisa de ángel.

Y, siempre sonriendo, al caer la tarde, con la tenue luz limón o cobre de los atardeceres andaluces, el ángel salía de los soportales, se acercaba a todas las personas que veía proclives a comprender su tristeza melancólica y alegre a un tiempo. Y les pedía una mise-

rable limosna, ocultando la suciedad de su rostro con aquella sonrisa.

Allá, en el oscuro soportal, la esperaba echado su compañero. Y tal vez juntos, al llegar la noche, contarían las monedas ganadas con cada sonrisa alegre, para sumergirse en ese triste mundo que se ocultaba en el fondo de su mirada, en el triste sueño que proporcionaba la aguja de cada día.

París en primavera

LLEGÓ a París con muchas ilusiones. Era su primer viaje a Europa desde Estados Unidos, donde vivía en una pequeña ciudad de California. Y París siempre está vivo, siempre inspira.

Había soñado muchas veces con la Victoria Aptera del Louvre, con las callejas de Montmartre, con las exposiciones de pintura, con los conciertos. Si había una americana romántica, ésa era ella. Y París tiene un atractivo especial para todos los espíritus que aman el arte.

Cuando llegó al hotel, sin deshacer el equipaje, se lanzó por las calles del Boulevard Haussmans hasta el de los Italiennes. Pasó por la puerta del cine Gramont, desembocó en la Opera. Allí, en un delicioso café que hacía esquina, el Café de la Paix, tomó un té aromático. Un payaso, en la plaza de la Opera, soltaba rollos de papel higiénico, mientras un amigo le hacía fotos.

Montmartre desplegó todo su hechizo ante ella. Se dejó subyugar por sus encantos, pese al aluvión de turistas que compraban cuadros espantosos, pensando adquirir obras de pintores hoy desconocidos que mañana alcanzarían valor.

Deambuló por las callejas. Se entretuvo en la puerta

de una crepería con aspecto de cave parisina, de la que surgía el sonido de un piano, recreando conocidas melodías de jazz. El pianista resultó ser de Columbus, Ohio, y le invitó a tomar una cerveza. Pero ella, con aire soñador, embebida en la magia del barrio, prefirió seguir su rumbo y no compartir aquellos momentos en la compañía de sus compatriotas.

En una esquina encontró a un mimo, maquillado como un muñeco, que hacía movimientos mecánicos.

Iba a marcharse, después de disfrutar de un espectáculo tan lírico, cuando el mimo se le acercó, la tomó de la mano, se la besó, la llevó al centro destacándola del grupo de curiosos.

El mimo, entre las risas del público, le regaló una flor azul, y ella se conmovió. Después, mientras le pedía entre gestos que aguardara, se acercó a uno de los espectadores, un hombre de barba cana, con aspecto interesante, y lo llevó junto a ella. Con gestos de ternura les unió las manos.

Cuando el espectáculo se deshizo, sin saber cómo, se encontró con las manos de aquel hombre entre las suyas. Se sonrieron, y empezaron a hablar. Caminaron juntos. Pasaron unos instantes admirando las vidrieras de la capilla de Saint Pierre, diseñadas por artistas del barrio bohemio. E iniciaron el descenso por el Sacre-Coeur monumental y gélido, salvo en las brumas de la noche, contemplado desde los barrios abajo.

Al día siguiente se dieron cita para acudir a las librerías. Ella estaba impaciente por conocer las novedades. Gaston, que así se llamaba su compañero incidental, era profesor en París-X, en Nanterre, pero su posición no estaba totalmente afianzada y dudaba de su porvenir en París. Tal vez retornaría a su Amiens natal, pero de momento disfrutaba de la ciudad.

Gaston le comentó que no había encontrado novedades de interés en las librerías que había visitado. Parecía, le dijo, como si París se hubiera anclado en

una cultura institucional, en una especie de clasicismo que, si bien no desmerecía de valor, estaba falto de la vida que poseían todos los artistas que pululaban por la ciudad. ¡Qué diferencia con la época de los años setenta, cuando uno no sabía qué libros llevarse a casa! Ahora todo parecía demasiado oficialista, demasiado estatuído.

Para demostrárselo la llevó al Louvre y , sin entrar en el museo, se limitaron a pasear a su alrededor. Suzanne pudo escuchar allí mágicas melodías que provenían de flautistas que improvisaban piezas propias.

Fueron al Grand Palais a ver una exposición de Toulouse-Lautrec. A la puerta, una muchacha tocaba el violín con los ojos cerrados para concentrarse mejor. Suzanne nunca lo olvidaría.

Tomaron el metro y llegaron a la isla de la Cité. Suzanne compró algunos collares y pulseras de piedras en una tienda pequeña que hacía esquina y, caminando, entraron en la Taverne de Enri IV.

No pudo Suzanne evitar la ensoñación en aquel lugar cálido.

Sentados en un rincón se encontraban dos hombres, uno de ellos muy corpulento, con barbas blancas y largas. Parecía por el aspecto, por el traje, un pintor impresionista de los que tantas veces figuran en los libros de arte. El otro acompañante era más joven y fornido. Resultó ser americano, y escritor. Pero Suzanne apenas intercambió con él unas palabras. No había venido a París para conversar con americanos.

Gaston la hizo beber, tal vez demasiado. Y luego la llevó a la orilla del Sena, a la confluencia en punta de los dos brazos del río. Allí contemplaron atardecer como en los años setenta lo hubieran hecho los hippies, le decía Gaston.

Hizo el amor con Gaston aquella noche en una pequeña buhardilla del barrio latino.

A la mañana siguiente, tras despertarse, caminaron

por el Boulevard Saint Michel, contemplando las tiendas que exponían sus productos al aire libre.

De repente, Suzanne se sintió hastiada de la compañía de Gaston. Recordaría siempre que le dejó plantado, alegando que iba a la toilette, en un café de la Rive Gauche, después de pasear por el mercado de flores.

Se sintió liberada al andar de nuevo sola por las calles de París. Había tenido una aventura ocasional. Gaston nunca la encontraría de nuevo. Tendría siempre el recuerdo de su cuerpo como una incidencia fugaz. Su decisión de desvanecerse de aquella manera –pensó con fruición– aumentaría el misterio de su encuentro. Una auténtica despedida a la francesa.

Volvió a la taberna de Enrique IV. Allí estaba como siempre el escritor americano, Joe, acompañado del viejo pintor impresionista.

Esta vez Suzanne entabló relación con él y charlaron bebiendo nunca supo cuantas copas de vino. Joe le contó que la sociedad de consumo era un sueño de objetos y elementos materiales. Que esta sociedad de consumo estaba dando sus últimos estertores sin que ningún economista lo hubiera aún descubierto en sus fórmulas. Y que nuestro bienestar era tan frágil como las manos que ostentaban el poder sobre las fuentes de energía. Joe le contó que vivíamos todos de espaldas a la enfermedad, de espaldas a la muerte. Y ella se sintió fascinada por sus palabras.

La tarde fue cayendo dulcemente, al hilo de su conversación. Las luces a través de las amplias ventanas de la taberna se fueron haciendo más tenues. Y Suzanne pidió a su amigo que la guiara por otro París desconocido.

Creyó recordar que bajaron al metro. También recordaba entre brumas que un grupo de músicos del conservatorio interpretaba en el subterráneo piezas de música clásica con una increíble perfección.

Casi violentamente su visita a París cambió de sesgo.

Le dijo a Joe que quería visitar la tumba de ~~Tom~~ Jim Morrison y él la condujo al cementerio del Père la Chaise.

Atardecía y sólo encontró un grupo de hippies cochambrosos dormitando o bailando alrededor de un transistor, en el lugar en que descansaban los restos del cantante.

Joe desapareció, tal vez cansado de hacer de cicerone sin hallar una recompensa sexual. Y Suzanne, mucho más tarde, creyó recordar que una chica de cabellos mugrientos le ofreció una pastilla que ella tomó, interpretándolo como una incitación a la aventura. En cierto modo tenía nostalgia de la generación de la contracultura, aunque la distancia del tiempo y de las nuevas costumbres le hacía considerarla ahora como un intento fallido, que acababa por convertir al hombre en un deshecho. Díganselo sino a todos aquellos mendigos de largos cabellos que... Pero, ¿qué diablos hacía con ellos? ¡Qué importaba!

La noche transcurrió entre pesadillas y alucinaciones para Suzanne. Apenas sin comer se encontró, o quizá no se encontró, al día siguiente, en la puerta del museo Georges Pompidou. Le parecía un edificio espantoso, producto de una época sin estética pero, ¿qué más daba?, Jimmy tocaba la guitarra y Frank cantaba una canción de moda, pegajosa. Quizá pensó que hasta la música estaba en declive, y que intentar revivir ahora, a finales de siglo, el recuerdo de toda la época en que ella y tantos jóvenes había soñado, hacía constituir la escena en una caricatura burlesca, como una prostituta repintada, como aquella prostituta de Pigalle que la miraba sonriente entre el público.

Sentía que sus ropas estaban casi descuartizadas y sudadas, y que tenía una irrefrenable necesidad de bailar, de agitarse como una bacante.

Cuando se dio cuenta, era el eje de todas las miradas, que la contemplaban con ardiente deseo, admirando la pieza de caza para la siguiente noche.

Suzanne estaba tan alucinada que seguía bailando cuando Jimmy y Frank ya había desaparecido con las monedas, para tomar algo que comer.

Muchos de los espectadores parecían haber contemplado el espectáculo con una cierta tristeza. Un poco muermo todo, pensó ella, pero qué más daba. O quizá no pensaba, o quizá no sabía dónde estaba ni con quién. Pero daba igual. Allí se encontraba bailando y bailando, agitando sus pechos debajo de la camiseta blanca sudada y rasgada, moviendo insinuantemente sus ajustados vaqueros negros que ya habían perdido todo el aire de marca y estaban sucios, demasiado sucios.

El escenario había cambiado, pero ella seguía bailando. Ahora se encontraba en el centro de un coro de espectadores mucho más numerosos y la escena era mucho más divertida. Reía Suzanne como una idiota, miraba sin ver, y seguía bailando.

Un grueso tragasables, con el torso desnudo, con aspecto de verdugo turco de película, hacía reír al público con sus gritos autoritarios, burlándose de todo espectador que caía cerca de él. Desde lo alto de la serpiente del Pompidou había muchas personas que habían abandonado las salas de exposiciones, y salían de ver las mágicas piezas de Brancussi apiñadas con el peor gusto, para otear el espectáculo del tragasables, que transcurría en la plaza exterior del museo, y que observaban desde la terraza arriba del edificio. Y en la plaza se congregaba ahora una abigarrada muchedumbre, muy numerosa.

El tragasables había cogido un bastón de plástico y golpeaba a la gente con él obligándoles, entre bromas y gritos desaforados, a que le dieran monedas. En el centro un chico pugnaba por deshacerse de las cadenas que rodeaban su cuerpo, y que le había colocado el divertido verdugo.

Todos coreaban con grandes carcajadas un espectáculo insólito. El tragasables parecía un déspota que despreciara al público, y al mismo tiempo lo sometía, y

fascinaba todas sus miradas, convirtiéndose en un eje magnético que generaba situaciones totalmente absurdas, increíbles gags improvisados.

Suzanne seguía bailando, se acercaba al centro del espectáculo, era rechazada por la gente y seguía bailando. El tragasables, después de reñirla provocando nuevas risas con sus gritos, la tomó de la muñeca y le colocó unas esposas, atándola a un tubo en un rincón.

El verdugo turco continuó su espectáculo. Hizo como que cortaba el brazo con un alfanje a dos voluntarios. Se tragó un sable. Se tragó una tea encendida y la apagó en su garganta.

La policía, siempre invisible pero siempre vigilante, se acercó a Suzanne, quien convertida en un guiñapo humano, pedía a la gente, que la desatara. Estaba alucinando y nada es peor en un sueño que la sensación de falta de libertad.

Pero cuando los policías se acercaron a ella, pudo sentir su desprecio. Nada desprecia tanto un servidor del orden, que a una persona alucinada. El verdugo explicó, entre bromas, que aquella muchacha no le dejaba continuar su espectáculo, y pareció justificar que era el destino de la mujer el estar encadenada. Todo ello entre gritos y burlas, y entre súplicas de Suzanne que no dejaba de bailar entre lágrimas. Los policías se marcharon haciendo bromas.

Al cabo del tiempo el verdugo turco soltó las esposas de las muñecas de Suzanne. Y entonces fue cuando sintió por él una especie de fascinación especial, totalmente masoquista. O quizá le identificó con la figura del padre autoritario al que los niños –y los sueños y los delirios nos hacen niños– se sienten subyugados y sometidos. La necesidad de que la rebeldía encuentre su límite en la autoridad, aunque ésta no tenga más sentido que el de ser autoridad. Y se sintió animal domesticado, en el punto inicial del que surge la claudicación.

El verdugo, que también comenzaba a desearla, no

la dejaba marchar. El espectáculo había concluido entre grandes aplausos. El tragasables se sentó en la silla de lona que tenía preparada y sentó a su vez encima a Suzanne. Y ella, dominada, se dejaba hacer.

Suzanne no comprendía que había alcanzado la autodisolución que había perseguido en su inconsciente, desde el momento en que deseaba hacer revivir el mito de Jim Morrison. Y en ese punto en que la cualidad última del ser humano se despeña hacia el abismo del vacío, hacia el sin fondo de la nada en la que se degradan todos los papeles adoptados socialmente y sólo queda el Yo, había encontrado su salvador. Como si de una mujer árabe se tratara, le estaba sujeta, anonadada. Ya no era Suzanne, sino alguien a quien el grueso y panzudo verdugo había salvado de la total aniquilación mental, la pérdida de la condición humana, el suicidio voluntario en vida.

La mirada de Suzanne estaba perdida, sus ojos vidriosos. Apenas podía percibir un sonido estridente y confuso de risas y de músicas, de palabras que rebotaban en las aristas de su mente y se hacían añicos impidiéndole cualquier reacción racional.

Y entonces fue cuando le pareció sentir una mano que le apretaba la muñeca y tiraba de ella haciéndola caminar y caminar. Andó mucho hasta un coche. Se quedó dormida en su interior.

Y despertó, no supo cuánto tiempo después, en la buhardilla de Gaston. Con un sentimiento de alivio, como si hubiera despertado de un sueño, de una pesadilla, de un delirio.

Ahora no estaba subyugada por nadie. Pero poseía un profundo sentimiento de agradecimiento, de ternura, de humanidad.

Otra de dobles

El cielo estaba azul, intensamente azul, recogiendo sus pensamientos que se mecían con el rumor acompasado de las olas del mar. Mediodía en una playa malagueña. La primavera cálida que presagiaba el verano. Un cierto calor, mas no excesivo. Una sensación de plenitud y de luz. La luz de Málaga. Una luz de pintor. Una luz de cuadro de Sorolla con niños mojados saliendo del agua.

Estaba comiendo con Celia, su mujer. Era un restaurante junto a la playa. Llegaba a sus oídos el ruido de las olas, mezclado con el murmullo de las conversaciones de las mesas vecinas.

Quizá pensó que Celia era encantadora, una vez más. Y que estaba enamorado profundamente de ella. Que hacía ya muchos años que la conocía y cada vez despertaba más en su interior un sentimiento libidinoso y extraño, que no sabía cómo definir. Y por otro lado poco le importaba definirlo. Le bastaba con disfrutar de su compañía, seguir el movimiento de sus manos cuando hablaba, sentir el resplandor de sus ojos verdes cada vez que la miraba. Aún se le ponía la carne de gallina al contemplarla, pese a que hacía muchos años que estaban juntos.

No recordaba de qué hablaron. Daba igual. En cual-

quier momento tenían un motivo de conversación interesante. Con Celia jamás se aburría. La vida era con ella intensa, brillante, diferente.

Tomaban un pescado muy fresco, eso sí lo recordaba. Recién sacado allí mismo del mar.

Y de repente, ocurrió. Estaba mirando descuidadamente por detrás de los hombros de Celia. Había allí una pareja sentada en otra mesa. Él era un hombre cincuentón y gordo. Ella... Ella...

Se quedó totalmente sorprendido cuando comprobó en el rostro de aquella chica los mismos rasgos de su mujer, Celia. Eran exactamente iguales. O, más bien, la chica que estaba contemplando era idéntica a como su mujer había sido hacía diez años. Era la misma imagen de Celia con diez años menos.

¡Qué paradojas tiene la vida!, pensó. Y desde entonces se dedicó a fisgar, a observar lo que ocurría en aquella mesa. Celia no se había dado cuenta, acostumbrada a sus continuos despistes. Pero él estaba pendiente de lo que hacía aquella mujer.

Pronto le entró un indefinible deseo de conocerla, de saber cómo era.

Efectivamente, cuando Celia se fue al baño, y aprovechando que el gordinflón había desaparecido también, reuniendo fuerzas se acercó a la mesa. Se encontró con su mirada cálida. Pronto supo que se llamaba Virginia, y que tenía unos ojos grandes y espesos, de color también verde.

Señorita, creo que la he conocido antes. Tengo gran interés en hablar con usted. Tal vez este encuentro sea el origen de algo que puede cambiar nuestras vidas.

Ella se rió, se lo tomó a broma. Pero estaba impresionada por sus palabras grandilocuentes. De este modo fue como concertaron una cita, a escondidas ella de su marido gordinflón, él de su amada Celia a la que estaba engañando por vez primera.

Efectivamente el parecido entre Virginia y Celia era

asombroso, como en seguida pudo comprobar. Pero Virginia, ya lo hemos dicho, era bastante más joven y por tanto más bella. Tuvieron un encuentro memorable. Y aquella tarde dio pie a otras tardes, a otros encuentros en los que charlaban cada vez más animadamente sobre asuntos personales, volcando su intimidad el uno con el otro.

Él se abstuvo, no obstante, de contarle acerca del parecido con su mujer. Su mujer... Dejó de serlo al cabo de un tiempo. Y Virginia y Pepe –que así se llamaba él– se marcharon a las afueras de Madrid, a una zona verde, a compartir sus vidas, como suelen decir las revistas del corazón.

Fueron tres años de felicidad de los que disfrutaron.

Y héte aquí la casualidad. Al cabo de este tiempo, Pepe y Celia volvieron a encontrarse, a la salida de una tienda de modas de la calle Serrano, a la que Virginia acudía a comprarse ropa.

¿Sabéis lo que pensó Pepe cuando encontró a Celia de nuevo? Que la edad hace más bonita a algunas mujeres. Que esas mujeres, cuando tienen un mundo interior, como el buen vino, gozan de un poso especial que las hace más atractivas, más maduras.

Y se estremeció de nuevo al pasar al lado de Celia, recordando los bellos momentos que habían disfrutado juntos.

Y no pudo por menos que compararla con Virginia, más insustancial, más fría, menos sensitiva.

Y al día siguiente volvió a llamar a Celia por teléfono...

El laberinto de la Biblioteca Nacional

LA Biblioteca estaba por fin allí, enarbolando sus orgullosas paredes labradas de siglos.

Cuando dirigió la vista hacia arriba, el sinnúmero de las escaleras de piedra le parecieron conducirían al cielo, como la escala de Jacob.

Bellas esculturas de piedra surcadas por manchas negras, que resbalaban sobre los cuerpos desnudos de las figuras, le observaban con expresión enigmática.

Enseñó su carnet y sobrepasó los controles.

Una vez en la sala de petición de libros, le atendió un señor malhumorado con un delantal de color gris o algo parecido, que acarreaba libros entre imprecaciones. No, señor, siento mucho que venga desde tan lejos y sólo pueda estar hoy aquí, pero le tengo dicho que esos ejemplares de revistas del XIX están encuadernándose. Sí, ya sé que existen tres fichas diferentes y tres ejemplares distintos. Todos encuadernándose.

Era tozudo, como buen investigador. Esperó durante hora y media en la cabina del jefe del asunto a que éste apareciera. El indicado señor le trató con más amabilidad. Comprenderá que ya le ha ocurrido varias veces. Parece como si usted pidiera siempre los libros

que no tenemos disponibles. No creo, en cualquier caso, que pueda hacerle fotocopia. No insista. Es usted bastante pesado. Recuerdo que otras veces le hemos dicho lo mismo. Sí, ya sé que es la cuarta vez que se desplaza a Madrid para este mismo asunto. En fin...

El indicado señor pareció finalmente recurrir a la estrategia conocida como pasar la pelota. Puede usted salir afuera. Después de un salón amplio, antes de las escaleras de entrada, suba a la derecha. En el primer piso encontrará una puerta grande de madera antigua. Pregunte por la encargada. Ella le podrá dar más información, porque allí es donde encuadernan los libros.

El tenaz investigador, subió las escaleras, que encontró no sin esfuerzo. Era fácil perderse en aquel lugar. Al fin descubrió la puerta, una puerta elevada, altísima, de madera muy noble. Un escalofrío preñado de presentimientos le sacudió cuando se decidió a empujarla.

Allí, detrás de la misteriosa puerta, no había nadie. Tan sólo pasillos a derecha e izquierda. De repente apareció un individuo cargando libros antiguos con mimo. Esta vez sí le trataron con cortesía cuando relató su caso. Le indicaron hacia dónde debía dirigirse, atravesando pasillos, salas, puertas. Incluso le hicieron un pequeño plano para que no se extraviara.

Y finalmente, se encontró ante la puerta, la misteriosa puerta, la definitiva.

Iba a abrirla cuando un joven apareció ante él, franqueándola. Risas tenues salían de dentro, y el joven las coreó mientras se alejaba con una pila de libros.

Era luminosa la estancia. Una especie de pasillo muy amplio, con mesas a uno y otro lado en las que trabajaban, afanosas, numerosas muchachas de aspecto agradable y sensible.

Suspiró de alivio. Había vencido al dragón. Se acercó a una chica con gafas de montura de concha, que le miró sonriente. Le contó su caso. Ella le señaló otra mesa, allá casi al final de la inmensa sala.

Se acercó a la mujer que se encontraba de pie, bromeando con otra amiga mientras hojeaban unos volúmenes.

La mujer era gordita, extremadamente simpática. Se llamaba Isabel. Pensó que tendría que enviarle unos bombones. Se lo dijo. Ella bromeó. Bombones me faltaban a mí. Entonces le enviaré flores. Ya veremos, dijo ella enigmática.

Isabel le solucionó su problema. Le puso delante de la vista los preciados volúmenes del XIX, revistas muy antiguas encuadernadas primorosamente. Le cedió una mesa junto a la luz que entraba desde la calle. Es curioso, pensó, estas revistas no necesitan apenas encuadernación.

Estuvo trabajando durante cerca de dos horas con ellas, rodeado de silencio y afabilidad. Y se sintió un rey. Resultaba curioso que todas las muchachas le sonrieran. ¿Por qué?

Finalmente llegó a un tope en su trabajo. Se acercó a Isabel, que seguía charlando animadamente con una amiga. Mire, ya sé que no está permitido hacer fotocopias de revistas del XIX. En realidad serían muy pocas las páginas que quería reproducir, pues no me da tiempo a copiar el texto. Mi tren, verá, sale dentro de un par de horas. ¿Sería tan amable...? ¿Podría ser...?

Una sonrisa complaciente se dibujó en el rostro sonrosado de Isabel, quien además, ante su sorpresa, le guiñó un ojo. El único problema es que debemos atravesar toda la biblioteca, desde sus archivos más recónditos, hasta llegar a la fotocopiadora. Pero tratándose de usted, lo haremos.

Perdone que sea tan pesado, si puedo devolverle el favor de alguna manera... No, ni pensarlo, no se preocupe. Pero debo de hablar antes con la directora.

Isabel se entretuvo consultando algo con la jefa de sección, una señorita estilizada, algo más entrada en años, también enormemente simpática, por lo que

pudo deducir a través de las miradas que le lanzaba desde la cabina de cristal, donde tenía su improvisado despacho. Hojeaba con auténtico amor y delizadeza un ejemplar único y deteriorado en donde, según supo luego, un estudiante había escrito con bolígrafo poemas obscenos a su profesora de Literatura, después de arrancar varias páginas para ahorrarse la fotocopiadora.

Finalmente la jefa de sección le despidió con un saludo, desde la lejanía, y una amplia sonrisa. Estoy siendo un poco pelmazo, pensó. Deben tener una gran cantidad de trabajo y se ocupan de mí. Qué gente más encantadora. En mis anteriores visitas a esta Biblioteca siempre me había chocado la simpatía de las bibliotecarias, en contraste con el malhumor visceral de los conserjes. Pero esta sección rebasa todas mis esperanzas. Debo de cultivar su amistad.

Isabel sacó unas llaves grandes de una caja fuerte –¡qué raro! pensó– y, siempre sonriendo, le marcó el camino. Tomaron un ascensor que estaba escondido en un extremo. Apenas cabían los dos en él. Pudo sentir la palpitación agradable del cuerpo de la señorita, su espléndida anatomía. Lástima, pensó lascivo, sintiéndose aún un rey, me gustan sólo delgaditas. El golpe del ascensor al detenerse le volvió a la realidad. Yo ya no estoy para trotes, ya no soy un conquistador, he venido aquí a resolver una cuestión crucial de la época romántica española. No soy un vulgar trotón de discoteca.

La puerta del ascensor se abrió con esfuerzo. Afuera había poca luz. Isabel le marcó el camino. Se sintió perplejo. Aquello era un inmenso dédalo de calles diminutas donde se almacenaban libros y libros en sucesión infinita. Se sintió abrumado, extremadamente abrumado. Aquello no era saber, era una desproporción de la naturaleza.

Hizo una broma. Imagino que a finales del próximo

siglo se habrán editado tantos libros que, ante la imposibilidad de almacenarlos y de consultarlos, las bibliotecas se dedicarán a quemarlos en su mayoría. A Isabel no le pareció hacer mucha gracia aquéllo, pese a que sonrió. Siguió adelante con paso cada vez más rápido. Era increíble la facilidad con que aquella muchacha se manejaba por aquel inmenso laberinto. Hasta estaba empezando a sentir un poco de miedo. Y si... ¡Cielos, qué tonterías! Mucho Edgar Allan Poe has leído. Siguió andando, estaba ya fatigado, pero Isabel seguía desenvolviéndose por los vericuetos.

Hay que tomar otro ascensor que conduce a los sótanos, le dijo la chica. El no estaba preparado para aquéllo, así que se limitó a callar y obedecer. Incluso le pareció percibir que estaba dejando de ser un rey para convertirse en un esclavo.

Continuó caminando detrás de ella. Encontraron un ascensor si cabe más pequeño y más oculto, en un rincón. Tuvo un poco de miedo cuando se metieron dentro. El cuerpo de la chica estaba más próximo. Pero ahora él apretó los volúmenes del XIX contra sí como si se tratara de una colegiala indefensa. Ya no era un rey.

Isabel tampoco era tan amable, sino bastante despótica. Cuando salieron del ascensor se encontró ante otro laberinto aún más complejo de libros. Estaba totalmente angustiado ante toneladas de letra impresa. ¿Para qué se había escrito tanto? ¿Para ser olvidado tarde o temprano? ¿O para desaparecer bajo el estertor de la civilización en una guerra atómica? Isabel ya ni siquiera le contestó a su razonamiento, y eso que a él, bastante atemorizado, le pareció profundo. O quizá no era profundo sino una nimiedad. El caso es que había cada vez menos luz, y cada vez descendían más y más, y cada vez había más libros y menos espacio, y un cierto olor a orín y polilla...

¿Cómo pueden conservarse aquí los libros? Preguntó ingenuo ante la humedad ambiente. Pero Isabel hizo

un gesto de encogerse de hombros como si los libros, en realidad, le importaran muy poco.

Él trataba de pensar en otra cosa, quizá para olvidar su miedo, un miedo que empezaba a atenazarle la garganta. O quizá era el agobio de libros y más libros, él que los amaba, que los coleccionaba, que los perseguía, que estaba dando su vida por la literatura, que...

Es un escenario propicio para un fantasma, terminó diciendo. Terminó diciendo esto y le pareció que ya no había nada. Isabel, ¿dónde está? ¡Isabel! No se veía apenas. Sólo se percibían numerosos volúmenes de libros. Isabel había desaparecido.

Giró en torno a sí. Le parecía que había algo a sus espaldas. Se volvió sobresaltado. Pero lo único que existía en aquel sótano era su desconcierto, su desolación.

Presa de la desesperación, o quizá –razonó– para evitarla, hojeó los volúmenes de las estanterías, que se iluminaban por una luz tenue que no se sabía de donde venía, tal vez de alguna lámpara de neón gastada allá arriba en el alto techo, que tampoco se divisaba.

Se sorprendió. El infierno de la Biblioteca de París no tenía comparación con los volúmenes que se encontraban allí, aunque muy deteriorados. Pero al mismo tiempo la humedad, la maldita humedad, y aquel olor a orines, a... Pisó un charco. Percibió ruidos a los lejos. Quizá una rata.

Estaba encerrado, estaba perdido, estaba sumido en una pesadilla. Esto le pasaba por pelmazo, pensó. Pero quizá no, quizá... ¿Qué objeto tenía todo aquello? ¿Por qué se encontraba allí?

Fue al día siguiente, presa de auténtico pánico, mientras recorría enloquecido las hileras e hileras de infinitas estanterías hablando en voz alta consigo mismo, musitando palabras incomprensibles, cuando finalmente encontró compañía.

Efectivamente, allí, al fondo, un hombre viejo se

encontraba tranquilamente leyendo un libro, sentado sobre una silla desvencijada, intentando discernir las letras en la oscuridad.

No pareció sorprenderse de verle. No me extraña, es usted el último. No se acongoje. Acabará por acostumbrarse. ¿Que cómo he sobrevivido? Llevo aquí años. Me pasó lo que a usted. Creo que fue durante la España del desarrollo. Imagínese. Yo era como usted un joven inquieto, deseoso de investigar, y confiado, ingenuo. ¿Que cómo he sobrevivido? Vaya, ya veo que lo que tiene es hambre. Bueno, no me lo pregunte otra vez. Acabará por distinguir los lomos de los libros más suculentos. Los dorados son indigestos. Y hay páginas francamente admirables, por lo apetitosas, digo.

¿Salir de aquí? Sólo de una manera. Que yo sepa la única solución es convertirse en conserje, acarreando libros. Algún otro está arriba así. Efectivamente, el del delantal gris. ¡Bah! No llore. El hombre se acostumbra a todo... Yo, por mi parte, prefiero quedarme aquí, leyendo –dijo mientras sonreía con cara de rata–.

El pianista guapo

AQUEL ruido al inicio de los conciertos, el tremular suave de las voces, el susurro de los asientos al moverse girando sobre su eje, las gabardinas frisando en los respaldos, los saludos de los amigos, el sonido acolchado de murmullos.

Se sentía un poco Proust. Cuando la secretaria, también mayor, pero mucho más joven que él, le indicó el asiento preferente en que iba a sentarse, se encontró complacido. Eran detalles que se tenían con el músico local. Ahora que, ya octogenario, estaba jubilado, y creía que nadie se acordaba de él porque había perdido poder... Poder... Qué breve es el poder de las personas que se dedican a la enseñanza. Tardan tanto en conseguir ese minúsculo gusto, y es tan breve el tiempo que les separa de la jubilación y por tanto del olvido... ¡Qué ridículo pequeño poder!

Pero él se sentía un poco Proust cuando se sentó en el asiento, una butaca de las primeras filas, desde la que se divisaban las manos del pianista.

Había pedido una localidad cercana al piano. Ya se sabe que la acústica de algunos locales no es perfecta, y era mejor percibir la sonoridad del piano en su proximidad.

¡Qué emoción le causaba aquel momento! Como si fuera un niño estaba pendiente de lo que ocurría alrededor, con una sorpresa ingenua en su mirada. ¡Era todo tan novedoso, tan distinto de la época en la que él mismo daba recitales de piano! O quizá era todo igual, y se repetía aquel rito del concierto, como si se tratara de una fiesta sagrada, en la que se inmolara el recuerdo perpetuo de los compositores que se iban a interpretar...

Ahora que estaba jubilado y muy mayor, en efecto, casi nadie se acordaba de él. De vez en cuando venía a saludarle algún antiguo alumno del conservatorio, que le recordaba viejos tiempos. Pero lo hacían con una juventud insultante, con una energía vital que iba desapareciendo por el contrario paulatinamente de su cuerpo. Se sentía humillado más que reconfortado en aquellas entrevistas. O quizá disfrutaba viendo todavía el cuerpo joven de alguien con quien había compartido una parte de su vida.

Por ello había agradecido en su interior muy intensamente al organismo que le facilitó la entrada.

¡Qué emoción! El concierto iba a comenzar.

Recordó algunos de los que él mismo dió por las grandes capitales del mundo. Recordó sus propias composiciones, que generalmente el público no había entendido cuando las interpretó. Recordó, recordó... La memoria le hacía volar, vagar con la mirada a uno y otro lado del local.

Por lo menos había alguien en el poder político que se había acordado de él, cuando hacía tanto tiempo que no pisaba la calle, y desde luego nunca el conservatorio en donde dió clases.

Intentaba concentrarse en la lectura del programa de mano. De vez en cuando, con el rabillo del ojo, miraba hacia la platea en la que se había sentado aquel joven tan apuesto. Debía tener dieciocho años, o quizá menos. ¡Ah! ¡Quién disfrutara de nuevo de aquélla edad de locuras! ¿Dónde estaba Mefistófeles?

El pianista descendió del taxi llevando una bolsa de mano. Notó que las miradas se dirigían a él, en el exterior del teatro, donde se abarrotaba numeroso público que había estado en vela para conseguir una entrada, aguantando el frío y la noche en pie.

Descendió con aire deportivo y juvenil, agitando la melena rubia y sonrió a unas chicas que chillaron de emoción al reconocerle. Se dirigió al interior de la entrada de artistas y preguntó por el camerino, chapurreando un inglés indecente que sus largos años de estancia en Nueva York no habían conseguido afinar.

¡Vaya!, se dijo. ¡Qué paliza de viaje! El tren no llegaba nunca. ¿Éste es el mejor tren que tienen por aquí? ¡La que me espera...! Terminar el concierto, dormir un poco y salir de nuevo hacia otra provincia, tan mal comunicada como ésta.

Ya en el camerino se miró al espejo. Sí, aún estaba de buen ver. Quién sabe lo que ocurrirá dentro de diez años, cuando haya perdido este aspecto juvenil y los graves los siga aporreando con fuerza inclemente, se dijo. Menos mal que la industria del disco se ha perfeccionado mucho, y puede grabarse con comodidad... En fin, no hablar. Estamos en la civilización de la imagen. Rubinstein, Backhaus, Horowitz, Larrocha, serían hoy desconocidos... ¿O tenían también apostura de jóvenes? ¿Es distinta esta generación que las anteriores? ¡Mierda! ¡Qué más me da! A ver si termina pronto el concierto, me pagan, y regreso a Nueva York con Pretty Sue.

Se vistió el smoking. Se miró de nuevo al espejo, contempló sus manos e hizo algunos ejercicios. ¡Va todo tan rápido! Dentro de poco estaré en otro tren. Espero no tener que dar muchas propinas. En fin, pura rutina de gira provinciana. Todo es igual. No van a comprender nada de la música, se quedarán estupefactos contemplando los movimientos de mi melena. ¡Qué se le va a hacer! Espero que aplaudan con frenesí, porque me lo merezco. ¡Mira que venir aquí a tocar!

Recibió la llamada en el camerino. Faltan pocos minutos. Hizo unos cuantos ejercicios para calentar las manos. Humm... sí que estaban buenas aquellas jovencitas. Pero no voy a tener tiempo ni siquiera para mirarlas. ¡Mierda de manager!

Estaba a punto de entrar en escena. Atisbó al público a través de las cortinas. ¡Qué pintas de catetos! En fin... para algo me pagan. ¡Animo y al toro!

Él se quedó mirando la aparición del joven. ¡Dios mío! ¡Qué belleza, qué apostura, qué elegancia! Admiró su gracia al encorvarse sutilmente hacia adelante para agradecer los aplausos. Le miró a los ojos. Ya era tarde para estas cosas, pero aún suceden los milagros, se dijo. ¡Qué bellos ojos azules intensos!

Siguió con atención todos sus movimientos, el efecto teatral con que tomó asiento ante el piano, y extendió las manos invocando silencio para la conjura que iba a tener lugar.

La sala calló por fin. La señora de la izquierda dejó de arrugar papeles de caramelos, y la otra joven de toser angustiosamente como si se encontrara in extremis.

Y sonó la música. Bellísima, ascendente, maravillosa. Aquellas manos parecían volar sobre el piano, recorriéndolo como si de su propio cuerpo se tratara... ¡Qué sensación de belleza! ¡Hacía tanto tiempo que no disfrutaba de un concierto! ¡Qué fuerte empujan las nuevas generaciones!, se dijo.

El pianista atacó el siguiente movimiento. ¡Mierda, mierda! Me está saliendo fatal. Tengo los dedos agarrotados, esto no funciona. Sklovatski ya me lo advertía: hay que estar descansado para tocar. Es la última vez que hago esto. ¡Mierda! Me voy a desprestigiar, y eso no me gusta, aunque sea delante de estos catetos... Las notas suenan mal, enlatadas, tensas, estoy envarado, no hay soltura. Y la mano izquierda. ¡Mierda! La mano izquierda está aporreando como temía. Los graves suenan horrible.

¡Qué belleza de muchacho! –se dijo mientras se reclinaba hacia delante como ofreciéndole su cuerpo–. Parece mentira un espectáculo tal. No es que no precise que le dé algunas clases pero... sí, estaría bien darle unas clases. Pero a su altura, a su nivel, ¿qué querría aprender de un pobre viejo, músico local retirado como yo? Mejor no hacer el ridículo.

¿Quién será el viejo de la primera fila? ¡Maldición! No me deja concentrarme. Debe ser una loca desmesurada. Fíjate cómo me mira a los ojos... En fin, creo que ya he vendido unos discos. ¡Vamos, Pretty Sue, ven a mis sueños! Necesito tu ayuda... Estoy torpe, no siento nada. Y ahora viene lo más difícil, ¡allá voy! ¡Mierda! Otro fallo. Menos mal que no se dan cuenta. Desde luego el viejo sonriente de la primera fila no se entera de nada, está como en el cielo. Un día de estos tendré que tocar desnudo a ver qué pasa. ¡Qué carajo!

¡Qué alborozo! Seguía el movimiento de sus cabellos. Le hubiera gustado que reclinara la cabeza sobre su pecho, e ir acariciando toda su ensortijada melena rubia. Desde luego, enamorarse a los ochenta años es un auténtico prodigio. ¿Sabría aceptarle al menos como amigo? Quizá por ahí pudiera conseguir su confianza... al menos por esta noche, antes de que volara a Nueva York. Sí, dicen que está residiendo en Nueva York y en San Francisco. ¡Qué gustos tan variados! Es un triunfador... ¡Cómo me gustaría conocerle! Se lo diré al Diputado al final, a ver si hay suerte... Y Brahms... Brahms envuelve, embriaga. Me está doliendo el corazón. ¡Ah! Soy demasiado viejo para estas sensaciones...

¡Mierda! También me ha salido mal esta nota... A ver si corro un poco más ahora y termino, porque estoy hasta el moño. ¡Buf! ¡Vaya programa que me ha elegido el cabrón del representante! Voy a acabar con los dedos hechos puré. Y este tío... ¡cielos! Este tío, ¿qué hace?

Sin poderlo evitar, llevado de su pasión, se levantó del asiento. No le importó la cantidad de gente que le

estaba mirando. Era quizá la ocasión sublime, importante, definitiva, de su vida. Se quitó el clavel blanco que llevaba en la solapa de su traje azul marino, comprado en Regent's Street hacía tanto tiempo, y lo arrojó encima del teclado del piano.

¡Maldición! ¿Qué hace este gilipollas? ¡Ahora me tira flores! ¡Manda cojones!... ¿Cómo termino la pieza? En fin, con la mano derecha echaré el clavel al suelo. Así. ¡Menos mal que sigo tocando!, me ha desconcentrado. Lo mejor será terminar de cualquier manera, no se van a enterar y aplaudirán de todos modos. ¡Qué vergüenza, qué apuro! Esto me ocurre por tocar en sitios sin categoría. Yo que quería ir a Londres...

¡Estoy desatado! Me importa todo un bledo. ¡Es divino, divino, maravilloso! Estoy enamorado... Tantos años sin poder expresar mis sentimientos y ahora tengo la oportunidad. Voy a quitarme la chaqueta, y los tirantes, así...

¡Cielos! ¡Está loco! Ahora viene para acá. ¡Vieja loca...! Estoy en un manicomio. ¡Mierda! Ya que comenzaba a dominar la pieza. Pero, ¿esto que es? Se acerca por el escenario, viene hacia mí con los brazos extendidos... Esto va a acabar con mi fama de latin lover... Todos los maricones del mundo se reirán ahora de mí... ¡Mierda! ¡Vengo a un pueblo y surge la noticia para el New York Times...!

No puedo más, no puedo más. Te amo, te amo, te amo... ¡Ah, mi corazón! Me falla el corazón... Me fa...

Don Anselmo cayó al suelo redondo, después de dar unos cuantos traspiés por el escenario tendiendo sus brazos al joven pianista. La gente se había puesto en pie para observar lo que sucedía. Las señoras ya estaban comentando el hecho en corros. La policía irrumpía violentamente por un extremo. Los organizadores pusieron sus brazos por encima de los hombros del pianista guapo y lo condujeron hacia los camerinos, mientras no dejaba de lanzar imprecaciones de incomprensión.

¡Qué número! ¡Maldición, mi reputación! Nunca volveré a tocar en una sala así... Cuando lo cuente en Nueva York a Pretty Sue y mis amigos, no sé si se reirán o me harán llorar...

El hombre que se creía eterno

SOY muy viejo. Tengo ya muchos años. Me llamo Manolo Orejero. Siempre he pensado que la vida supone el ejercicio de la oportunidad. Hay que aprovechar las que se nos brindan. A partir de ahí se crea todo un entramado progresivo de elecciones que conducen a la felicidad.

Yo no diría que soy hombre completamente feliz, pero me parece puedo afirmar que los momentos de felicidad que se han producido en mi vida son muy constantes, y sobre todo muy intensos. ¿Qué es la felicidad sino el sentimiento de placer espiritual, corporal, afectivo, sexual en un todo, que necesita del contraste con otros momentos más anodinos, en los que se revela la insustancialidad en que constituye la vida de la mayor parte de los seres humanos?

De todos modos me considero un ser atípico. A mi edad, por ejemplo, necesito desahogarme sexualmente por lo menos una vez al día, lo que constituye un récord, sobre todo si se tiene en cuenta la gran variedad de mis experiencias en este sentido.

No tengo un físico excesivamente agraciado, aunque sí un temperamento optimista, de espíritu deportivo. Todo ello, junto mi riqueza de experiencias de

juventud, a mi capacidad para la broma, mi agudeza, mi labia, mi saber estar, me confieren una personalidad que las mujeres consideran deliciosamente inmadura, lo que no deja de ser un elogio dados los años que me separan de la ruptura con mi cordón umbilical.

Pese a esta personalidad inmadura, y gracias a ella, tengo una gran habilidad para entrar en contacto con la gente joven, a la que cautivo por mi ingenio e inteligencia, más que por mi aspecto.

Por todo esto tengo un gran éxito entre esas jovencitas inadaptadas que buscan a alguien tan insatisfecho como ellas, pero que les proporcione la seguridad de una reflexión estable y meditada acerca de la vida tan endiabladamente confusa que no aciertan a comprender.

Y ahí estoy yo, en este terreno, dispuesto a ofrecer mis consejos, o simplemente un rato de compañía que, dada mi feraz condición biológica, suele culminar en esplendorosos momentos en la cama. Ya lo digo, por lo menos una vez al día, y a veces cuatro, todo un récord para mi edad.

He pensado a veces si la naturaleza que me ha dotado de esta constitución tan increíble, no me erigió en nuevo Casanova veneciano para romper con la cadena inexorable del tiempo que nos hace progresivamente decrépitos. Nótese que en mí el sexo –que es la vida misma– no es sólo una cuestión biológica sino también de inteligencia, toda una forma de entender la vida.

Durante mucho tiempo las religiones se han esforzado en apartarnos del sexo, olvidando que si Dios puso en el hombre y la mujer unos atributos y una intencionalidad, una aptitud –exacerbada en mí, como ya he dicho–, ello constituye un auténtico don del que hay que sentirse orgulloso. Esta capacidad, que acerca al hombre a Dios y a su poder creador, me parece a la vez símbolo irrefrenable de nuestra individualidad suprema. El sexo y el amor surgen del yo absoluto.

Tantas mujeres se acumulan en mi recuerdo...

En fin, yo, Manolo Orejero, creo que la libertad y por ende la felicidad, nacen del sexo, elevado a la categoría de don divino, expresión de amor.

Y cuento todo esto porque, en la soledad de mis reflexiones, he llegado a pensar que el sexo es también una forma de rebelarnos contra la corrosión del tiempo. El modo de evadir esa maldición inexorable para el hombre: los lentos e implacables minutos y segundos, que se van adueñando paulatinamente de todo nuestro ser, hasta hacernos caer en el lecho final de la muerte y luego en la decrepitud consiguiente, pasto de gusanos.

Pues bien, a lo que iba. Estoy llegando a creer que gracias a mi sano concepto de la vida –idealista y sensual a la vez– puedo saltarme las leyes del tiempo. En definitiva, he llegado a pensar que soy eterno.

Verán. A lo largo de mi vida he conocido muchas personas. Unos murieron jóvenes, lamentablemente, y aún tengo en mi recuerdo la belleza de sus facciones y de sus cuerpos. Otros han ido muriendo después. Pero a mí no me ha afectado ninguna enfermedad.

No hay nada más bello que un cuerpo joven, y yo los sigo amando, enredándome con ellos en juegos de amor constantes, todas las noches de mi vida, con una suerte –en la elección de estos admirables cuerpos femeninos– que más bien parece dictada por un maleficio.

Sí, he llegado a pensar que estoy embrujado. Todos mis amigos han ido desapareciendo, y también todos mis familiares, y las personas que traté en mi juventud. Y yo he llegado a un extremo en que a veces me sorprendo a mí mismo en el espejo y creo que soy otro, distinto, diferente del que se mira en la imagen allí reflejada.

Si la vida surge del sexo –irremisiblemente acompañado del espíritu–, yo tengo a mis años una prodigiosa actividad en este sentido todavía, que no parece vaya a haber nada que la detenga...

Efectivamente, no conozco otro caso parecido a mi edad. ¿No habré de pensar, por tanto, que estaré así por toda la eternidad, fornicando y amando a todos los seres deseables, a todas las jóvenes bonitas? En definitiva, y me atrevo a sugerirlo: ¿no seré por ventura eterno?

Todo el mundo en algún momento de su vida ha sentido la zarpa cercana de la muerte, la sensación de que somos efímeros y de que algún día todo terminará para él: bien en el lecho, con la sien en contacto con la sien de la persona amada, el llanto al fondo de los seres queridos; bien en el choque traumático de una carretera, tumbado en el asfalto, o aprisionado entre los hierros de un automóvil que no se construyó para tanto exceso de automóviles; bien... de mil maneras diferentes.

En fin, todo el mundo ha tenido fantasías de muerte en su cabeza, ha sentido la proximidad de la Muerte, de la Innombrable, de la Verdadera, de la Terrible compañera de nuestros días, que nos entrega al nacer una planta con nuestra propia muerte por semilla, que va creciendo poco a poco –como decía Rilke– hasta que al final se apodera de nuestros días.

Pues bien, yo no he sentido nunca el menor asomo de contingencia en mi propia vida, que me parece en sí una obra perfecta, producto de un sano ejercicio de mi reflexión en armonía con mi propio cuerpo. Me siento vivo, inmensamente vivo, pletórico, siempre dispuesto para gozar. Me siento espléndidamente bien. Creo, en definitiva, que algún tipo de maleficio me ha hecho triunfar en todas las aventuras del amor, en todas las diversas mujeres –siempre bonitas– que he amado. Y que ese mismo maleficio me mantiene fáusticamente eterno, impecablemente constituído para durar por todos los siglos de los siglos.

He dicho antes que me consideraba un triunfador en materia amorosa. Tal vez se deba a que nunca he perdido en el amor la distancia, nunca me he entregado por

completo. He procurado hacer siempre inmensamente feliz a la mujer que amaba, pero sin comprometerme a una relación estable, más allá de una noche. No he entregado mi corazón a nadie, pero he sentido al unísono con muchísimos corazones detrás de unos bellos cuerpos.

Ahora que pienso, solamente ha habido una excepción. Hace unos días ocurrió el suceso. Una joven embrujadora, apasionante, cálida, con unos ojos verdes como las olas, con una piel blanca como el nácar. La llevé a mi casa, charlamos, cenamos juntos de manera improvisada. Comencé a sentirme profundamente atraído hacia ella, esta vez de una manera especial. Aquella mujer era la Vida, representaba exactamente la Vida, la Eternidad. Su cuerpo lujurioso pero sin ostentación, sus formas delgadas, delicadas, sus manos finas, sus pechos pequeños y tersos... ¿Cómo podría definirla?

Nunca he sentido tanto placer haciendo el amor con nadie como aquella Noche. Aquella mujer era la Mujer, era la Vida...

Siempre en mis citas me cuido mucho, por la costumbre que os he confesado antes, de no repetir al menos con excesiva frecuencia los mismos encuentros. De este modo estos son producto del azar que cuida de mi destino, un destino que estoy seguro constituye un seguro de eternidad. Me enamoro de todas durante unos momentos, pero de ninguna para siempre. Para siempre soy yo solo, eterno, rigurosamente joven, impecablemente dispuesto para nuevas experiencias, para nuevas formas de gozar la vida. Un Don Juan inmortal, perpetuo.

Pero debo de confesar también que esta vez ha sido distinto. Esta mujer es diferente. Todas las demás las he olvidado, producto de un instante efímero. Ella está clavada a fuego en mi alma. Me duelen las horas, me escuecen los recuerdos de los momentos que he estado con Ella. No solamente el éxtasis amoroso, que fue

muy intenso. También las conversaciones que mantuvimos junto al fuego, charlando inagotablemente de tantos temas. Quizá, producto –pienso yo– de mi propia condición de eternidad, me siento un poco solitario, y esta vez no pude evitar depender de alguien, porque esta mujer llenó con su temperamento poético y apasionado todas mis aspiraciones secretas, los rincones más apartados de mi alma.

¡Si supiérais cómo vibraba mi espíritu al oír sus palabras, al rozar sus labios los míos, al sentir el cálido perfume de su pelo, al acariciar el tenue vello rubio de su cuello de gacela! ¡Cómo me estremecía, como afectado por un latigazo, recorrido por una descarga de corriente eléctrica, cuando miraba sus profundos ojos verdes!

No pude evitarlo en esta ocasión. Le pedí una nueva cita para el día siguiente, para el día de hoy. Siempre he tenido éxito con mis citas, nadie me ha fallado nunca, acuden todas alegres y esperanzadas, con la ilusión de encontrar en mí la felicidad que le niegan sus compañeros.

Le pedí una cita... Hace ya tres horas que debería haber llegado. Y no puedo olvidar sus profundos ojos verdes, el tacto de su cuerpo. Estoy encendido por el recuerdo...

Hace ya tres horas que prometió venir, pero ahora que pienso, quizá lo hizo con desgana, tal vez por compromiso.

No vendrá, estoy seguro, y es la única que me importa, la única que me ha llenado, porque ella simbolizaba la Vida...

Es curioso, empiezo a sentirme viejo, enormemente cansado, agotado, hastiado, harto...

Empiezo a sentirme muy mal...

La enfermedad mortal

HACÍA tiempo que quería expresarme. Decir la Palabra, la única, la sola, la que habita en el fondo insondable del propio corazón.

Hacía tiempo que quería saltar. «Estalla. Vuelve a ser sol», que escribió el viejo poeta. Estallar en un viaje sin regreso, el no retorno para siempre, la cumbre de la aventura incitante en el pensamiento, la luz blanca al principio amanecer del camino.

¿Me oyes? Quiero hacer saltar en añicos la costumbre que nos consume, los lazos inaprensibles y devoradores de la cotidianeidad. Caer en un sueño vivo, entre las turbulencias estrepitosas de la rompiente, donde la espuma se despeña contra las rocas, y el mar se torna en una furia sin nombre.

Hacía tiempo que quería ser otro. Hacía tiempo. ¡Qué largo el camino que conduce a la nada donde duerme el origen de nuestros propios pensamientos, el fondo del corazón donde la razón se escapa y sólo queda mi locura! Romper el ritmo del sopor en los días, el vaivén de las horas que nos aletargan acunándonos hasta la muerte indefectible.

Yo creía en la inspiración, en la luz. Estaba tal vez, y es terrible pensarlo, demasiado próximo al límite: aquella

zona inaprensible de nuestra mente. Un largo recorrido por los pasillos de la enfermedad y la locura, así se resumía el total de la conciencia que recordaba en mis días. Es el diagnóstico, la calificación, el epígrafe que se coloca al pie de mi foto: desequilibrio, ruptura con la convención, locura.

Pero yo me sentía vivo, ¿sabes? Me sentía latir por debajo del dictamen que los médicos escribían sobre mi historia clínica, palpitaba detrás de aquel diagnóstico reiterado, de aquellos signos que significaban la incomprensión acerca de mi carácter.

Siempre he pensado que somos un texto ambiguo que devora el otro con su mirada. Nos leen y nos consumen. Somos una constelación de signos ardiendo sin esperanza detrás del crepúsculo, más allá de la tenue luz que nos une al manto materno de la oscuridad de donde surgimos y fuimos creados.

¿Ves? Los pájaros cantan. Asienten a todo esto. Me dan la razón.

Estoy recostado sobre un árbol y te escribo desde el jardín de la casa de reposo, con su césped prefabricado y enfermeras que recorren las esquinas donde se apoyan inermes tantos seres de mirada perdida, tal vez enhebrando su pensamiento en el ojo de una aguja que bordea los límites del entendimiento.

Oigo a lo lejos la voz de niños y suena como una caricia en medio del desasosiego. Te escribo. Te escribo furiosamente, apasionadamente, en rapto de mi mente, y siento las hojas arder conforme las voy poblando de palabras que son trozos de mi propia alma. Te escribo porque eres mi única salvación, mi único apoyo, una vez que he decidido romper con todos los demás seres de la sociedad en torno que me castiga y me margina.

¿Soy un ser diferente? ¿Cuándo se es yo? ¿Es el yo una cadena de compromisos con el entorno, o una sombra que huye de sí mismo hacia el lago, hacia la fuente invisible donde se encuentra la raíz original, el

humus de donde surgimos al soplo de un Dios o de un Diablo? ¿Huimos hacia el futuro, recelosos de un pasado dulcificado por la distancia, temerosos luego de encontrarnos de cara con el final, con el límite que tenemos marcado por alguien a nuestra vida? ¿Es todo esto algo más que un pensamiento desorientado, algo más que palabras, como la palabra *yo* que no encubre nada y que define en cambio todo mi ser y mi sentimiento?

Quiero detener un momento mi mente porque creo que la duda se disipa y surge en el mismo instante en que la voy convirtiendo en escritura.

Por eso te escribo. Escribir. El poder curador de la palabra. La terrible satisfacción de hacer perdurar mi espíritu, que se colapsa en el entresijo de signos concertados armónicamente, artificialmente, en un texto, el texto que te escribo, el texto sobre el que siento y lloro. El texto que no dice nada, salvo lo que estoy sintiendo, con toda su confusión, con toda la algarabía de ideas y lágrimas encarnadas en signos, signos torpes con los que trato de definirme para lograr tu amor por mí, si aún queda espacio para la esperanza, si no soy un ser relegado al contenedor.

El yo. ¿Es el yo algo más que un texto? ¿Somos acaso el texto de una novela pluriforme, que siempre se está escribiendo en la vida de todos los otros, hasta incluso en nuestra misma ausencia, cuando desaparezcamos, cuando nada quede de nosotros sino lo que dejamos que lean acerca de nuestro yo, si es que ese yo no ha sido una mentira, el sonido y la forma de una palabra y un signo?

No sé qué te decía.

Trataba de enfrentarte con mi estado de ánimo, con lo que estoy percibiendo claramente, hoy que la enfermera aún no me ha administrado la dosis de neuroléptico que me sumerge en el mundo letal, lejos del epígrafe de este libro que te escribo.

¿Quieres saber cómo es para mí, aquí, el tiempo? El

tiempo es como una hogaza de pan que endurece con el tiempo, y queda yerta, hasta deshacerse. Y luego la simiente oscura de la nada para decirnos que nada importa. La terribe pregunta. ¿Qué cuál es? La pregunta: PARA QUÉ. Pero no un PARA QUÉ teleológico que se abra como una flor en el tránsito hacia su fin, sino el PARA QUÉ tremendo que invalida todas las acciones y las clausura, las hace nada.

De este modo me siento inerme y lejano a la realidad, ajeno a la muchedumbre inalterable de minutos, horas, días, años, que transcurren con un perfil imitativo, émulos los unos de los otros, como si quisieran ser el mismo solo único instante expandido que nunca alcanza –¿PARA QUÉ?– su meta.

Me siento muy solo, Ana. Y me adentro en las galerías insondables de mí mismo mientras contemplo el dibujo inexistente en la pared de mi celda. Y trato de asir un retrato verdadero de mí mismo que pueda regalarte en esta carta, pero me pierdo, me voy, me pierdo para siempre en la sombra sobre blanco de la pared de yeso. Y los rostros de los demás se desdibujan, y sus palabras son hojas de papel volando al viento.

Tal vez me hubiera gustado ser uno más, uno de ellos, con tal de escapar de mí mismo. Y así soportar el peso ingrávido de mi propio yo, mi mente siempre funcionando, siempre alentando en torno a un eje vacío como una mariposa alrededor de una bombilla, aquella bombilla que se encenderá al atardecer, al filo de la noche.

Y siento que se rompe mi relación con los demás y comienza el solipsismo más absoluto. Y todo se convierte en un desierto. O quizá es un cansancio absoluto de las normas, que exigen tratar a los demás como en una obra de teatro que se representa en el grande gigantesco escenario social.

Y ahora huyen de mí todas esas personas, cuando me saben diferente. Y mis sentimientos se convierten

en un papel arrugado sobre el asfalto gris en una tarde de lluvia. Y mi alma es un cubo boca abajo, vuelto del revés, con mi intimidad diseminada alrededor. Y mi alma es un trozo de la nada que se ciñe a mi cintura –la cintura de mi alma– como un abrazo que se convierte en gesto grotesco, como estrechar la mano del aire y quitarse el sombrero ante los muertos. Como un aspaviento inoportuno del invitado principal, que soporta las miradas pendientes de su rostro, como un error de comportamiento que nos califica para siempre con un adjetivo maldito que resume anormalidad y diferencia: loco.

Y esta noche me entretengo en observar viejas fotografías, y ya no me reconozco. Me cuesta trabajo suponer que he sido ese yo, tan diferente de mi figura de hoy, de mi fisonomía. Y me miro a mis ojos, los ojos de ese otro yo que se encuentra en esa fotografía. Y trato de preguntarme cosas, cosas cotidianas no te creas, ninguna profundidad. Algo así como con quién te has visto hoy, con quién hablas, por qué te has vestido con esa camisa. Pero la foto se queda yerta y no responde, y entonces yo sueño sobre ella. Sueño que no soy yo, que he escapado de mi yo y estoy en otro normal, el yo de la fotografía. Y que soy feliz como los otros lo son. Y que tengo amigos. Y que me quieres más porque no me compadeces sino que me admiras, admiras la juventud y la belleza de ese otro yo, el que me gustaría seguir siendo, y no este yo pobre y enfermo, deshauciado en este hospital donde todos estamos podridos y demasiado hartos para seguir viviendo.

Y tú siempre tenías ese aire desvalido que reflejaba al fondo tu insobornable fortaleza. Y así te sorprendió la cámara, pasando tu brazo sobre mi hombro, con Venecia al fondo. Y yo en cambio me encuentro con una sonrisa forzada, que es la expresión de una alegría que escapó huyendo en el instante mismo en que más la necesitaba.

Y soy así una persona vacía de sí misma, ensimisma-

da, sumergida en el caos inabarcable que es la enfermedad del alma, allí donde nuestro espíritu ya no existe. Y quizá tú aún no me suponías así, y oías, al abrazarme en la foto, la música de un piano desgranando notas ingrávidas sobre el eje axial de la mañana, cuando la luz apenas puede soportarse en su intensidad, y todo –el día, la calle, los recuerdos– se convierte en algo denso que hace daño. Y yo en cambio me siento ahora, recordando el pasado de aquella foto, como un pelele, o como alguien que ya se ha muerto.

Pero dejemos el pasado. Volvamos al presente. Volvamos a ti. Porque menos mal que estás tú, y que me haces compañía ahora, de vez en cuando, cuando vienes a visitarme. Y comprendes mi dolor, y lo acompañas.

Venías por las tardes a visitarme y yo aguardaba el sonido familiar del motor de tu coche, que se oía detrás del muro, el muro que me separaba de todo, de todo lo normal, de todo.

Tenía todos mis sentidos pendientes de tu voz, que se oía alegre, bromeando con los enfermeros. Y luego te veía cruzar la verja. Notaba tu mirada de compasión hacia otros compañeros que sufrían distintas penas en aquel infierno aletargado de la propia mente. Observaba cómo andabas siempre deprisa, temerosa de que alguno te abordara. No hubieras sabido responderle, tal vez hubieras salido huyendo.

En fin, notaba cómo yo para ti, no era como el resto de mis compañeros de sufrimiento. Aún no habías dado mi caso por perdido, o quizá te aferrabas al recuerdo de mi otro yo, mi otra personalidad anterior a la primera crisis. De este modo te resultaba natural, y para mí conmovedor, el recorrer charlando el jardín, el mismo jardín que surcaba diariamente arriba y abajo, el mismo eterno jardín que conocía hasta la saciedad en mi encierro. Sólo que, paseando contigo, no tenía la sensación de estar encerrado entre aquellas cuatro

paredes con césped, el maldito césped al que cuidaban más que a nosotros.

Si supiera el origen de mi mal, te decía. Si supiera por dónde empezaron mis problemas... Como si algo hubiera desaparecido de mí en algún momento, una especie de control en fallo, y a partir de ahí, la mente a la deriva hacia la sima más profunda de lo oscuro, donde está el límite que nos aterra y nos fascina.

Pero el límite estaba también al fondo de tus ojos, y yo me sentía preso para poder dibujar las lindes últimas de tu infinito, de tu espíritu infinito, de tu alma preciosa, infinita.

«Escribe», me decías por todo consejo.

Yo hacía un gesto ambiguo que ni siquiera era un gesto. Los gestos. Ya no sabía manejar mis gestos, yo, actor empedernido, conquistador de damas. Cuando más necesitaba que mi cuerpo respondiera a mi afán de ser querido, más desagradable resultaba.

«¿De qué puedo escribir?» Te preguntaba al fin.

«De tus experiencias, tus pensamientos, tus recuerdos, tu vida».

Yo temía entonces que mi escritura fuera totalmente deshilvanada, carente de lógica. Temía mostrar la debilidad de mi pensamiento, de mi constitución psíquica. Pero no te lo decía. Simplemente me parecía imposible escribir. Ya ves. Ahora lo estoy haciendo. Pronto comprenderás porqué me atrevía a ello.

Pero tú insistías: «¿Por qué no intentas indagar en las causas de lo que te ocurre? ¿Por qué no intentas investigar en el fondo de tu alma hasta descubrir el problema?»

Lo decías con una voz encantadora, no exenta de preocupación. Y yo sabía que aquel extraño cariño que sentías hacia mí, era lo único que me hacía vivir, y desde luego, también, lo único que me unía al exterior, al mundo social en torno.

A lo lejos, una antigua iglesia dejaba oír las campa-

nadas desde la torre de su reloj. El sonido indefinible, de una ternura poco común, de las campanas. El tiempo. Somos lucha contra el tiempo, pensé, y al final, siempre, indefectiblemente, somos vencidos. El tiempo se nos cuela en nuestro interior y nos va corroyendo lentamente. El aire que nos da la vida acaba haciendo envejecer a nuestros pulmones. Las luces del mediodía ciegan nuestros ojos. La infinitud de la noche es lo único que queda, y nosotros ni siquiera nos convertimos en estrellas. Deserción de las palabras y los pensamientos. El silencio.

Conforme íbamos paseando me preguntaba cómo habría llegado a aquel grado de vulnerable hipersensibilidad. Y todos mis recuerdos de infancia contigo, Ana, todas las impresiones pasadas, se movían en mi mente con excitación inusual.

¿Cuándo se volvería a desatar la furia en mi interior? De momento sólo existía un exceso enfermizo de subjetividad en mis relaciones con el entorno. Pero aún lo controlaba. Mi inseguridad, mi miedo... Algún día, tal vez próximo, volvería a estallar, a convertirme en un guiñapo, en un ser descerebrado que respiraba la atmósfera de mi propia enfermedad mortal. La locura, mi propia locura, era esa enfermedad mortal. La angustia ante la existencia, a la que no podía controlar, se convertía en mi propio féretro, germen del caos en mi cerebro, bajo una apariencia, para mí, de inteligencia avisada que escondía los mil laberintos en que se encerraba mi pobre yo, mi mismeidad alienada.

De momento estaba sosegado mi mar interior, en calma, me sentía una persona aceptable desde el punto de vista social. ¿Hasta cuándo? De momento respiraba la tranquilidad del campo, y tan sólo el piano de Backhaus me llenaba de emoción contenida, la perfección de lo sublime.

Tal vez mi mal era el mal del siglo, el mal de otro siglo. O tal vez mi mal era eterno, y simbolizaba el que

se encuentra latente, agazapado, en el interior de todos los hombres... La enfermedad mortal. La vida me parecía un imposible que nos vamos fraguando en la mente, hasta la frustración total y el total acabamiento de la muerte, y desaparecemos con la mirada crispada de quien no se lo creía.

La vida... La vida se nos presenta como una oportunidad abierta en la juventud, el ansia de conquista, culminación de nuestras inquietudes. Pero ¡ay del que no colma los anhelos de su corazón! Se convierte en una sombra de sí mismo, en una máscara. Tantas veces ahora me encuentro viviendo un mal sueño, tratando de recuperar mi conciencia dormida, mi razón de ser perdida. Una cámara de cine filma impasible todos los sucesos externos que fluyen en inagotable río de imágenes presenciadas por esa mi conciencia opaca. Y preciso mirarme al espejo para saber quién soy yo, qué lugar ocupo en ese film dantesco. Pero el rostro y la figura que me devuelve el espejo es la de un ser ajeno, distinto de mí, no me reconozco. Me siento como alguien que hubiera tomado un cuerpo prestado. Algún día lo devolveré, pienso. Tal vez en el momento de mi muerte encontraré la auténtica forma que encaja a mi conciencia opaca, que sigue implacable registrando todos los instantes de vida que transcurren como si fuera la de otra persona.

Me encontraba así, de repente, solo de nuevo en mi habitación, pensando y cavilando mientras contemplaba fijamente la bombilla desnuda que pendía del techo, tumbado en la cama, intentando reconciliar mi cuerpo con mi alma, o simplemente recordando tu visita, una vez que te habías ido. Se me hacía larga larga tu ausencia. Recordaba constantemente todas tus palabras de ánimo, todos tus gestos, tu penetrante mirada, la armonía con que movías tus manos.

El amor que sentía hacia ti, Ana, era mi único consuelo, mi única razón de vida.

Siempre supe, al traspasar el umbral tardío de la

adolescencia, que necesitaba ese contacto comprensivo, esa comunión de afectos distintos que se alcanza entre hombre y mujer. Traté de encontrar el rostro de mujer que llevaba grabado en el corazón. Una mujer que comprendiera mis ideales. Y tú llenabas esa imagen. La única que encarnabas aquel ideal con que yo había soñado.

Al escribir esto se agolpaban en mi mente imágenes de mi descomposición interna, de mi crisis profunda, de mi lucha desesperada. Fue mucho antes de crearme esta máscara ajena, de sentirme otro... Y pienso que me hubiera gustado sentarme a hablar despacio con ese otro que no soy yo y se me parece. Y preguntarle por qué, al correr de los años, me había suplantado convirtiéndose en mi doble, un doble que era el propio yo como una cáscara vacía.

Y escribir... El profundo, hondo, abisal cansancio de la escritura, puede ser reflejo del profundo, negro, denso hastío de la vida. Los héroes siempre estrellan sus sueños contra las olas de la tormenta que magnética les atrae. No se puede ser toda la vida, allá adentro, un adolescente prendado de la propia risa, de la alegría vital que el tiempo implacablemente deshace.

Escribir... Escribir es a veces dejar unos signos ilegibles en la arena que el mar deshace y se lleva como un secreto. Escribir es hacer una oración intensa con el entorno–mundo o lo que más allá exista, y saber que somos un engaño fantasmagórico de nuestra propia mente, espejismo en el desierto de la vida. Escribir es expresar bien alto un sentimiento oculto, lanzar un único y desesperado grito con el que superar la amada soledad que a veces satisface y a veces hiere como un cuchillo de vidrio.

Escribir es rezar con uno mismo. Hacer el amor con un fuego fatuo que surca un cementerio, el de nuestra propia mente. Calmar un apetito insaciable. Hacer una señal suprema de hastío en la arena del día, antes de

desaparecer del todo... Las mejores obras literarias serán siempre las que filmaron los ojos de un moribundo en su mente, en el último instante de su vida. La alucinación de un loco, de un loco...

Hablo, escribo, y sin embargo, más allá de las palabras se encuentra la impotencia de mi cerebro para resistir a la locura. Y estoy cansado de vivir con ellos, con mis delirios, no saber cuándo vendrá el próximo, cuándo me acometerá de nuevo.

Escribo y hago con ello un cínico homenaje en mi cerebro a sus propias carencias, a sus circuitos enfermos. Creo redactar un texto y es alguien que escribe por mí, una voz dentro de mi castigada mente, la que me impulsa a proseguir esta carta sin objetivo... sin otro objetivo que tú, que has sido siempre el único sentido de mi vida.

Pero dentro de unos momentos vendrán a traerme de nuevo la pastilla...

Siento los pasos de la enfermera acercándose hacia la habitación. Todo está en silencio allá afuera. Tan sólo, de nuevo, el canto desconsolado del búho llamando a su compañera.

Quiero contarte algo finalmente, Ana. Estamos llegando al fin. Quiero decirte por qué me he atrevido a escribirte todo esto.

Siento el árbol solitario del jardín del hospital, erguido, moviendo sus ramas al ritmo acompasado de un viento suave. Son las jarcias del eucalipto, velas de un gigantesco galeón de otra época. El sonido de las ramas al agitarse, al chocar hojas contra hojas. Un estrépito insoportable, un ruido intenso que me lleva a poner las manos en mis oídos. Pero también el espectáculo de colores cambiantes, móviles, de sus ramas orgullosas y desgarbadas, como una jirafa elegantísima, como un aristócrata de otra época, como un superviviente de otro siglo. Así me siento yo también, encerrado, aislado, ensimismado, absorto en mis pensamientos. La soledad radi-

cal de quien visita otro tiempo y otra época, y no encuentra retorno a su lugar de origen.

La enfermera me ha dejado la pastilla encima de la mesa.

Pienso que ya tan sólo el silencio puede curarme. Encontrar la paz, dormir la furia, sosegar el interior desacordado cuando acomete la enfermedad mortal de la locura. Pero la paz, en ese instante, es la salida de un laberinto que nunca se encuentra.

Llevo muchos días sin tomar la pastilla, y acumulándolas, pequeñas perlas blancas, pequeñas perlas azules...

Tú eres mi consuelo y mi verdad, la única puerta de luz para salir de mi laberinto. Y hoy supe que vas a casarte.

Ya no podrás volver por aquí. Envejeceré en soledad. No tendré el alivio y la esperanza de tu compañía.

Siento que he andado a tientas por la vida, siempre buscando. Llevo en mi alma grabada la inquietud profunda y desasosegante que produce la belleza. Y no concibo la vida sin tu amor, sin tu belleza.

¡Qué ternura me inspira tu recuerdo! En otro tiempo hacíamos el amor entre sábanas blancas, recorro tu cuerpo en la memoria. Un escalofrío me sacude de arriba abajo. ¡Qué ternura me inspiras! Tantas veces que nos amamos salvaje, apasionadamente, unidos en la cima perfecta del beso, fundidos en un solo cuerpo. ¡Qué ternura, qué pasión me inspiras!

No podré soportar la vida sin ti. No me es posible. Tampoco encuentro una salida a mi situación vital, dejar pasar el tiempo aquí, como un vegetal adormecido por la química, sometido.

Es frágil la consistencia humana. A veces me creo un gigante y todo es diáfano en mi realidad. Hasta que de repente, como ahora, llega de nuevo, con una insistencia periódica que induce al desánimo, la constatación implacable de mi debilidad congénita de ser humano perdido en los bolsillos –pliegues– del tiempo.

Soñamos con un proyecto de vida. Somos demasiado jóvenes para él. Y luego, demasiado viejos, nos damos cuenta de que el tiempo –mensajero de la muerte– nos ha ganado la partida.

No tengo nada. Tan sólo tu amor que he perdido. Y la certeza de que ya no podré curarme, de que todo es irreversible. Quizá escribo con un deseo animal de supervivencia este texto para ti que no tiene para quién. Pero prefiero la libertad peligrosa de mi fantasía aunque me lleve a la locura, que la esclavitud de monedas gastadas, viejas, de la realidad de este encierro que se me propone.

Se fue mi juventud. Se fue mi amor. Ya no tengo una mirada de hierbas en ojos de niebla. Y sé sin embargo que mis ojos son los ojos del mundo, testigo alucinado de la auténtica realidad, del límite.

Y en ese límite quiero decirte esta noche mi amor. Un amor que sé no encontrará caricia ni respuesta, porque el tiempo de los besos se ha marchado para siempre. Lo que nos queda se llama muerte.

Dentro de unos momentos voy a tomar un frasco entero de estas pastillas. Y dormiré el último sueño, el sueño eterno. Y mi sueño se perderá en el interior de los ojos del búho.

No sé qué habrás sentido cuando leas todo este largo delirio, en el que no he podido ceder a la vanidad de mostrarme un poco literario y un más de verdadero.

Ana. Quiero hacerte en este punto tan sólo una pregunta. Después de leer mi texto, este último testamento que te dejo escrito... ¿alcanzas a comprenderme un poco mejor? Es todo cuanto quiero.

El sueño del búho

THE Lark Ascending de Vaughan Williams, y ella parecía una alondra elevándose al compás de la música.

La música estaba viva, parecía irse improvisando y creando a medida que surgía de las cuerdas de los instrumentos. La música iba creciendo y lo inundaba todo, con una cálida sensación que invitaba a que las lágrimas se deslizaran suavemente sobre el rostro.

Y ella, allí a su lado. Sus manos, acariciando el espacio mientras hablaba alegre como una niña, sin sentir lo que él sentía. Ella era una gaviota de Dover bordeando los riscos de los acantilados de la música, al ritmo del viento y de las olas.

Fue como el sueño de una noche de verano, cuando Woody Allen vio desaparecer las luces sin forma de los enamorados del bosque.

Fue uno de esos instantes en que el tiempo se cuelga en la copa de los árboles, y desliza su curvo aliento para convertirnos en elfos o en duendes de la Noche, en seres del bosque, de ese bosque que sólo existe en el cerebro de los niños y de los locos, cuando los cuerdos duermen el sueño sin sueño de la verdadera locura trivial de la rutina.

Y las notas saltaban, iban conformando castillos de

arena que se erigían en el fondo de su mente, abrazándose a sus pensamientos y a sus sentimientos más íntimos.

Y soñó con los sueños sin fondo que surgían de las cuerdas del violín, que inagotablemente le desplazaba hacia el centro etéreo del firmamento oscuro, el agujero negro de sus sentimientos: el pozo sin nadie donde sólo existe lo que la sabiduría esconde detrás de los ojos de los sabios.

Y la Música surgía detrás de aquellas aguas, en el bosque de la mente, en el centro del universo, en el magma sin fin de las estrellas consolidándose con su amor eterno, más allá de los tiempos que son el otro Tiempo.

Y volaba sintiéndose Vaughan Williams que se levantaba de su tumba, y sonreía de placer desde el arco iris de un largo pañuelo de estrellas que caía del centro húmedo de la noche, allá donde los dioses duermen historias de amor desaforadas y verdaderas, en la memoria de los siglos.

Y ella parecía una diosa radiante, luciendo una magnífica corona estrellada. Y su rostro se iba transformando en la estela de una dama blanca que se mecía en el viento, el viento que iba generando el ritmo de sus brazos y sus manos al acariciar el aire, mientras hablaba ajena a sus pensamientos.

Y creyó ver en la oscuridad del jardín a Juan Benet que se fugaba para siempre, portando una bufanda oscura que se había olvidado la noche anterior, perdido en un viaje de invierno, cuando se murió con los ojos tristes de saberlo todo.

Entonces le pareció que estaba próximo al cielo, mientras aquel momento mágico detenía su propio tiempo, y el tiempo de los enamorados que llevan el reloj escondido dentro de su propio corazón.

Y los clochards parisinos tocaban la misma música en las estaciones del metro. Y las gitanas que pedían en la estación de Pigalle, se detenían un momento para rezar

una letanía búlgara aprendida en la infancia, y poder romper el sortilegio de la música. Una Música que avanzaba implacable, y que se detenía en silencios espesos, mágicos, dolientes, hasta encontrar el centro de los centros, allá donde la tierra se hace agua y fuego, y donde el fuego se convierte por un Instante en la caricia de una novia.

La Música, la Música le envolvía y regresaba de vuelta a sus labios, que bebían el vaso invisible de las Delicias que poblaban la mente de los iniciados. Allí donde habitan Dvorak y Haydn, Arriaga y Rodrigo, la alegre música española, Berlioz –Las noches de estío– y Grieg y Richard Strauss, y las arias de Haendel cantadas por una voz que se quiebra en el cono de un hilo imposible que nos une al cielo.

Allí donde se descubre que la vida es un largo camino hacia la Nada, y todo lo que Es es Nada, como la misma Vida, la propia vida, que acababa en la tierra del árbol de este jardín, donde cantan los búhos.

Allí, las cenizas de la nada, el sueño del silencio que sólo se puede percibir en la Música, como un presagio que nos acompañará en ese viaje a ninguna parte, en el que sólo hemos podido dejar el recuerdo de tanto amor sembrado. De tanto amor a ella...

Y la Música no callaba, y era un arrullo en la tarde que se hacía tarde, como una cenicienta desmemoriada que perdiera las propias hojas del árbol en que se estaba convirtiendo lentamente, progresivamente. Aquéllas ramas amorosas del árbol gigantesco que se iba a nutrir de su propio cuerpo.

El Jardín y la Noche.

Y la Música ya no cesaba, y se expandía con su mente por las estrellas, a lugares más allá de la memoria de Dios, detrás del cielo.

Y ya no pudo despertarse de su Sueño, que era el sueño del búho de canto enamorado, que estaba allí oculto, con su lamento apagado y mágico, detrás de las lágrimas de la Noche.

Índice

Pórtico, de Pere Gimferrer 7

Los sueños del búho

Los ojos del mundo 15
La pequeña banda 21
Los camareros 25
La soprano muda 27
La novia 33
La lectura de poemas 35
El doble 39
La chica de ayer 49
María 55
Freud y los fantasmas 61
Una historia de sirenas 69
La dulce sombra de aquel árbol 71
En la nevera (Cuento para niñas) 75
Los bufones del Prado 77
El vuelo de la gaviota 81
Un ángel en la tarde 83
París en primavera 85
Otra de dobles 93
El laberinto de la Biblioteca Nacional 97
El pianista guapo 105
El hombre que se creía eterno 113
La enfermedad mortal 119
El sueño del búho 133

Esta obra
se acabó de imprimir
con los auspicios de
Sagrario Fierro Madrid y
Antonio J. Huerga Murcia, editores.

FINIS CORONAT OPUS

OTROS TÍTULOS

Balada en sol menor
Lorenzo Aguilar

La gitanilla blanca
Rosario Vargas Montoya

Elisa en la nostalgia
Francisco del Valle

El miedo
José Pedro Pedreira

La violación de las marionetas
Miren Díez de Ibarrondo

Amores peregrinos
Francisco Marcos Herrero

Pasiones menores
Ernesto Parra

Los cuernos del caracol
Francisco Serrano

Hilo de seda
Jaime B. Rosa

La bóveda de cuarzo
Alejandro López Andrada

Córdoba en la mirada
(antología de relatos)
VV.AA.

***Los sueños del búho** constituye la primera incursión de Diego Martínez Torrón –ensayista y poeta– en la narrativa. Se trata de un libro compuesto de cuentos muy breves que tocan diversos temas, entre ellos algunos de marcada incidencia social, con rasgos dramáticos y líricos a la vez. Otros de espíritu divertido y burlesco.*

Temas como la mendicidad, la locura, la droga, la literatura y el arte, la naturaleza, el amor, la bohemia, el paso del tiempo, la música, se presentan redactados en un juego de fantasía, con un estilo muy poético que pretende, en su brevedad, producir una sensación poética llena de sugerencia en la mente del lector.

Y como telón de fondo la gran música, la clásica, junto a una reflexión acerca de la propia muerte y los fantasmas que la pueblan.

HUERGA & FIERRO editores/NARRATIVA

ISBN 84-89858-57-8

9 788489 858572